

AMERICA

N.º 28



Luis Cordero Dávila



AMERICA

Contenido del N° 28

- *Notas editoriales*
Luis Cordero Dávila, por Manuel Crespo O.
Poesías de Luis Cordero Dávila
La última diatriba contra el Libertador, por Remigio Crespo Toral
Poesías de Gastón Figueroa
- *Aniversario de «Espirules»*
Bolivar en Roma, por Augusto Arias
Hispanidad, por Miguel de Unamuno
Corazón dolorido de sueños, por Juana de Ibarboure
Saludo a Sandino, por Baltasar Dromundo
Mi Mensaje a la Juventud, por Santiago Argüello
El Remolino y Epistolario sentimental, por Rosario Sansores
Canto al Chimborazo, por Miguel Angel León
Por doña Manuilita Sáenz, de Pía Jaramillo Alvarado
Nuevos Poemas, por Alfredo Martínez
Poesías de nuestra América — Demetrio Korní —, por César E. Arroyo
Credo, por Alberto Delgado D.
Poemas sentimentales, por Ben Omar
El libro de lectura de Isaac J. Barrera, por Julio C. Larrea
Canto a la América Latina, por J. M. Roodón Setillo
Oscar Elías Reyes en Quito
La preocupación contemporánea por los problemas educativos, por Juan Mantovani

A NUESTROS LECTORES

Rogamos a los directores de revistas u otras publicaciones, a los escritores y a los bibliotecarios nacionales y extranjeros que reciben nuestra Revista, se sirvan acusarnos recibo. Si después de la segunda remisión no tenemos ninguna noticia, suspenderemos el canje o el envío gratuito.

De las colaboraciones de los escritores nacionales, publicaremos solamente las solicitudes.

Toda correspondencia debe dirigirse a: Srs. Directores de AMERICA, Apartado N. 75.-Quito, Ecuador. S. A.

S U S C R I P C I O N

Número suelto..... \$ 0,50
Entrega de siete números (valor adelantado).. 3,00

AMERICA

REVISTA DE CULTURA HISPANOAMERICANA

AMERICA

REVISTA DE CULTURA
HISPANOAMERICANA

DIRECCION:

Alfredo Martínez
Guillermo Bustamante
Augusto Arias
Fernando Ghaves

Director Artístico:

Nicolás Delgado

Año III

1928
Mayo

AMERICA

REVISTA DE CULTURA
HISPANOAMERICANA

Nº 28

QUITO--ECUADOR
Apartado Nº 75

NOTAS EDITORIALES

AGRADECIMIENTO

NO pensamos anotar lo que ya se ha dicho respecto de las empresas literarias que han sido—pese a nuestra incuria—la flor de un día y el entusiasmo sin fruto; no queremos tampoco recriminar la glacial y burda indiferencia de nuestro medio para con nuestras letras u otras manifestaciones del espíritu artista, que va aladeando con mano de gigante el lodo de la mediocridad condenada a no sentir la luz de la belleza. Fuerza es que callemos esta vez nuestra morbosidad espiritual. Queremos solamente, en esta breve nota, saldar con nuestro agradecimiento la deuda que tenemos con el Gobierno por el nuevo apoyo eficaz ofrecido a esta modesta publicación, que ha fijado su anhelo en la propaganda de nuestras artes fuera del país.

ILUSTRE VIAJERO

Cuando circule esta Revista, ya estará en camino, rumbo a Lutecia, nuestro ilustre amigo y compatriota don Gonzalo Zaldumbide, el exquisito burilador de la cláusula armoniosa, el orfebre de la palabra castiza, el joven maestro de la crítica de todo un continente.

AMÉRICA tiene para él su agradecimiento profundo por la distinción que le ha dispensado y por la colaboración galantemente ofrecida.

Anhelamos todo parabién al noble amigo en su nuevo viaje a la ciudad cosmopolita.

OTRO VIAJERO

Con dirección a Roma partió la semana pasada nuestro queridísimo compañero de labores don Hernán Pallares Zaldumbide, nombrado Adjunto Civil de la Legación de Italia.

Pallares, valioso exponente de nuestra juventud intelectual, tiene páginas acertadas de crítica literaria. Sus cuentos regionales son admirables. Revistas de prestigio continental han recogido el fruto de su intelecto robusto.

El hondo afecto que abrigamos para este gran amigo, acortará la distancia y el lazo fraterno nos ligará más estrechamente.

NUEVO COMPAÑERO

El novelista nacional, don Fernando Chaves, autor de *Plata y Bronce*, obra laureada y apreciada por altas mentalidades de Hispanoamérica, ha entrado a formar parte de nuestra Redacción.

LUIS CORDERO DÁVILA

AEDA llamaron en página entusiasta a Luis Cordero Dávila los muchachos que en 1919 renovaban la literatura cuencana desde *Páginas Literarias*. Y, en verdad, Aeda es aquel a quien los que por ese año comenzamos a rendir pleitesía a su talento—Cuenca rindele en sucesión de generaciones—hemos visto tantas veces por las calles de la ciudad nativa, en compartimiento también nosotros dentro del grupo lírico al que arrastraba su figura casi tanmatúrgica, bajo el zañiro cordial de la noche, haciendo tribuna de su propia estatura, exaltando con todo su corazón y su espíritu hechos verbo emocionado—la obra del poeta que rezagó el tiempo, o el poema del chiquillo de hoy, vanguardista y revolucionario, tan hombre para reparar la Victoria de Samotracia, poniendo sobre los hombros una cabeza de boxeador. Porque Luis Cordero Dávila es una comprensión perenne en la marcha de la estética y las transformaciones del arte; comprensión alimentada, más que por el proceso de un constante sistema de lecturas—fuerza es decirlo en bien de su talento—, por su natural dón de sorprendente de bellezas—cualidad comúnmente excluida en nuestras gentes de letras de cuarenta años atrás, cuando se trata del juicio sobre obras que salieron de las modalidades de su época. Crespo Toral, entre los de la madurez gloriosa en tierras del Azuay, y Luis Cordero Dávila, de los que sienten más febrilmente en la carne la quemadura de la vida; por su claro espíritu y su bello sentido estético evolucionante, comparten en las fiestas novísimas de la ciudad literaria ecuatoriana.

Y este aeda, que por su verbo con agnaciones de tromba, de catarata, de rayo eléctrico, fuera también arrebatador de multitudes en cualquier plaza pública del mundo y jefe de barricada cuando la verdad necesita ser oída o el patriotismo requiere en último término una oposición de fuego a salto de barreras, es un exaltador férvido de ajenas hermosuras: en la academia literaria, en el cenáculo unido al azar de la noche y por el lazo de las devociones artísticas, hasta en las calles, como hemos dicho, y en los establecimientos de

frecuencia pública, donde, no rara vez, tiene que verselas con él más de un filisteo, de esos como hortaliza de huerta del gámonal del pueblo...

Pobre el que cayó víctima de la palabra quemadora de Cordero Dávila. Es que salió molido, desollado. El dijo alguna vez: *Que no hable; mi lengua es potro desbocado en los campos de la verdad*. ... Y sí. Cuando hay que hablar alto y cierto, Cordero se va contra liberales, comilitones y clérigos. Y reconoce méritos en el diablo si los tiene... (La devota ciudad de Cuenca debe recordar la acometida que dió a una asamblea doctísima de ministros de lo Alto!)

Mas no estamos sino tejiendo una divagación biográfica de una parte pequeñísima de este claro hombre del Azuay, parejo de sus montes y poeta originalísimo en la poesía de su vida, que es toda la poesía, la verdadera difícil poesía...

En ello hay mucho de epopeya, de parábola heroica, de contorno andino, y escribirlo sería empresa de algún zagaz aficionado a lo anecdótico y recoger gestos, actitudes, rasgos últimos—migajas totales de la vida para coloración del espíritu y completa fisonomía de los autores.

Sea para nosotros decir, en esta oportunidad, que, resurrector de los tiempos del Monarca del Sol, y él mismo, cual emperador de la vieja dinastía aborigen, Cordero Dávila, arrellenado en amplia silla de gajos montañoses, entre una miriada de campesinos autóctonos descendientes de aquella granítica y brava raza, cierto día se hizo portar, mojado el aire de los vapores de las jicaras de barro de auténticos licores indianos, victoriosamente, de un monte a otro monte de la áspera breña comarcaná...

Mas no como un déspota, un impositor del indio. Señor de sitaliaes por destino en las efervescencias de la democracia de su país, con un algo de voluptuoso—como un hermano, un confidente de la raza vencida, la cual había de rendir un día, en

torno a su acción amiga y vigilante, por las minorías que pueblan la redondez del sureste—asiento, cuna y feudo de los antiguos Corderos—aque! litúrgico homenaje que revive los tiempos fastuosos del Inca.

¡Y quién mejor que Luis Cordero, que entre los de su preclara familia equivoca su apellido que no corresponde a la realidad de león, podrá tomar la empresa de una cruzada por la raza desposeída y ser alma y brazo de la culturización india! Yo le he soñado guiando—guerreador antiguo—formidable batalla desde la cuenca natia, en victoria ascensional de reivindicaciones y conquistas, hasta coronarla sobre las ruinas de la civilización despojadora.

Y poeta... Y como poeta, aeda. Y como aeda, tribuno. Y hombre... Poeta de clásica contextura, en reciedumbre o suavidad de verso—arcilla suya y en sus manos—ha dado y va dando vida de tiempo en tiempo—tremendo poseso de súbitas inspiraciones—a los paisajes y a las cosas ambientes; ya pintando el cuadro de costumbres, con tanta maestría, cuanto a técnica, colorido, sabor local, en fin, como se glorió en hacerlo el cartagenero López; o ya exponiendo el cotidiano drama, antiguo y monótono como el yerno andino, que se realiza irremisiblemente, de tarde a tarde, en la vivienda incolora del habitante de la ciudad claustrada en ese repliegue del Ande, o el más hondo aún, frente a la interpretación de la emotividad campesina, en el corazón rumoroso de la gleba.

De *Fruental* se ha dicho no poco para la consagración del elogio definitivo. Los sonetos, de índole diversa, los han sentido en lo hondo algunos escogidos por él, para emoción o deleite o fuerte sensación de soles y colores de su producción poética; ya que lo publicado es escasísimo, si se compara con lo inédito—tesoro de una avaricia de desdeñador y desencantado. Composiciones modernas guarda bajo doble llave, con cierto recelo de la vieja ortodoxia literaria, como que es nacido bajo sus signos y le amamantó de lunas y de luces severas.

Los lectores de AMÉRICA dirán de *Gitanerías de la pena*, sonetario que sólo

él pide un glosario admirativo y una incursión de comprensión y de sentimiento—que lo es para una minoría culta—; sonetario venido en suerte para sacarlo del maravillado recinto poético—retiro del poeta—que se pasa así, ajeno a la vulgaridad exterior, en el fondo de la casa de mayores evocaciones de Castilla que se puede dar, hecha de arcadas profundas y silenciosos patios, por donde, en un encantamiento de horas que no marchan, cuefa para la faena doméstica (ante mis ojos maravillados de visitante pasó un día alocándome el corazón)—la yacija al hombro, un conjunto de formas virginales, de tristeza en el rostro, la racial tristeza—de España y América—: la india canéfora, sirvienta de la casa.....

Para terminar, este esbozo, sólo nos quedaría por decir: pocas veces se encuentra uno con un hombre de tanto talento, en plano de verse en los trances más arduos de la inteligencia y el espíritu, que aborda el caso, lo penetra y lo conquista, todo a uno y en totalidad; y por indisciplina hereditaria de raza y desorden proveniente de nuestra civilización improvisada, unido al tremendo ocio—ocio indígena y ocio español; dos ocios, como lo dijo el gran crítico nuestro; se vaya hasta la madurez en desperdigamientos geniales, para lujo de la ciudad literaria y afirmación de fama de aquella cuna de ingenios e inteligencias. Escasos frutos, si bien cabales o perfectos (sus piezas de oratoria, sus versos); hubiera podido ser y hacer tanto, bajo otros cielos y con sostenes y cauce al talento: marcha de laboratorio, distribución de la llama trabajadora, para algo como de Romain Rolland. Así, un país entero pudo no ser defraudado en sus esperanzas más legítimas.

Mas no hablemos en el tono alto de lo posible, aplicable a muy pocos. Se trata de un valor completo y único entre los valores espirituales de la patria, por el vigoroso acento sin segundo que pone en su vida y pone en su arte.

Manuel CRESPO O.

Quito—1928

POEMAS

A la brillante revista AMÉRICA

GITANERIAS DE LA PENA

I

—Trae, Galiela, trae la petaca
para encender un puro,
y ajeno nuevo del cufete saca
para lavarme el corazón obscuro!

Sentáronse en la hamaca;
cual signo proceloso de un conjuro,
su imagen larga y flaca
fluctuaba intermitente sobre el muro.

Y quisieron cantar con la vihuela,
y Jeco no podía
y tampoco Galiela.

Y, ambos a dos, no sé por qué sería,
mirando una distante montañuela,
bebieron y lloraron ese día.

II

—Galiela, hemos llorado,
Galiela, hemos bebido;
quizá en el lecho helado
nos espera el olvido.

Y, dentro la barraca, recostado,
él se quedó dormido
sobre la dura tierra, y, a su lado,
también el ser querido.

Y sin estar despiertos,
esa noche rieron y cantaron
agitando los brazos entreabiertos.

Mas, luego que a la aurora despertaron,
tendiendo en derredor ojos inciertos,
nuevamente bebieron y lloraron.

III

¡Qué cierzo el del camino;
qué polvo el de la gleba:
la carne del mocino
no resistió a la prueba!

El rucio, ya mohino,
sintiendo que sus hombros no lo lleva,
se va las tardes a lamer la cueva
donde cayó la flor de muerto espino!

—Galiela, tus entrañas
signaré de esterilidad con hieles
y sangre de alimañas,

y, montañuela, que, a mi pena, fieles
sabandijas y arañas
se coman tus rosales y laureles!

IV

—¡Vámonos, Jeco mío,
y vámonos de largo,
que aquí nos hiela el frío
y el pan es muy amargo!

Y fue la marcha: el rucio, con el lío,
saliendo del mohín de su letargo,
comenzó a andar; desde el confín sombrío
hacia adiós su cuello carilargo.

Rumiando la amargura de sus dejos,
iban tras él, a paso de galbana,
los que con él marchábanse tan lejos.

Ibanse hundiendo en la extensión lejana,
ahogáronse en la sombra sus reflejos
y se esfumó la triste caravana.

ANGELUS DE BARRIO

Un gallo de dorada plumería,
cataleptico huésped de balcón,
al promediar el día
cloquea, bostezando, su canción.

Hay algo de galbana de alquería,
de sonámbulos aires de acordeón,
de siesta, de añoranza, de acedía,
en su vieja gaita de plumón.

Pasa una caravana;
su máscara de zinc
se pone el sol: es la hora meridiana.

La tierra cae en infinito spleen;
sólo la dulce voz de la campana
conversa con el alma del confín...!

Luis CORDERO DAVILA

Cuenca, Ecuador

La última diatriba contra el Libertador

Melliorque canis vicens quam ipse leo mortuus.—
SAN JERONIMO. (A Nepociano).

El primer uso que hacen de su libertad es apelar al Libertador.—UNAMUNO. (Cévida de Don Quijote y Sancho).

Hombres malditos puede haber, huesos malditos no hay.—MONTALVO.

De Pasto — último reducto de la resistencia española en la guerra de emancipación de las colonias americanas—, proceden el escritor y el libro *Estudios sobre la vida de Bolívar* por Rafael Sañudo, que intentan una apelación a la posteridad para rectificar los motivos de la apoteosis que la humanidad ha decretado unánimemente al Libertador de América.

El doctor Sañudo (apellido que parece apodo) se proclama vengador de su ciudad natal, cuya tenacidad heroica castigaron severamente Bolívar y varios de sus Generales.

Desde el terreno realista, la acusación del hijo de Pasto merece la atenuación de la excusa: no así, según el punto de vista republicano, que es el definitivo.

EL LIBRO

No entra en las condiciones de la vulgaridad ni quizás de la medianía. Bien escrito, sobriamente documentado y casi siempre embebido en ambiente de austera moralidad, se recomienda por una razón más digna de respeto: el amor al terruño.

El escritor se presenta en actitud justiciera, invocando imparcialidad. Correcto humanista, no fastidia, a pesar del tema ingrato para América y hasta para la raza. Maneja el idioma español con no estudiada limpieza, como que pertenece, aunque en segunda fila, a la pléyade de literatos que hacen de Colombia el país más espiritual y artista de América.

Conoce la documentación y ha estudiado archivos y compara juicios y considerandos, para ensayar algo como una visión de conjunto de la vida del hombre superior, cuyos relieves y minucias examina sobre la plancha del microscopio. La visión resulta estrecha, por la pequeñez del horizonte, limitado por el prejuicio y la antipatía. La imparcialidad así quiebra su rigidez, para acomodarse a la curva de la pasión.

APELACION TARDIA

La empresa viene a ser una vanidad que desafía en el concierto universal. El escritor, la cree recurso a la posteridad; y la posteridad —cabalmente nosotros— hemos glorificado al Genio Americano, no obstante desvíos, equivocaciones y faltas que el mismo caudillo conoció y confesó con la nobilísima sinceridad—fondo de su carácter.

Ha cien años, todavía los rencores de la lucha torcían el criterio, y desnaturalizaban los hechos. Venezuela mismo dió tregua al culto del Héroe nacional, en los años de convulsión posteriores a su muerte. El desastre de las repúblicas americanas siguiente a su liberación, no daba margen sino a exámenes de conciencia, arrepentimientos y lamentaciones.

Fue necesaria la depuración histórica, después de haber abarcado la amplitud del panorama y el fallo comparativo de hombres y sucesos del siglo XIX, para que se vaciase en molde perdurable, la figura del hombre extraordinario, que luchó contra su tiempo, su medio ambiente, sus compañeros de la empresa de vencer a España en la India occidental y vencer la barbarie y la incomprensión americanas.

La posteridad, la historia, el universo han decretado ya la supereminencia de Bolívar y han absuelto muchas de sus culpas. Si ayer se mellaron en el granito de su pedestal los colmillos de tantos roedores de la fama, ¿qué diremos hoy cuando las estatuas se han multiplicado y la piedra en que se asientan cobra consistencia secular que resistirá a la inclemencia del olvido y a la mordedura de la envidia?

LA SOMBRA DEL CUADRO

En la vida de los héroes no siempre la plena luz diluye todas las masas de sombra. Por desgracia, la media faz humana,

casi siempre se inclina del lado de la noche.

Mas aquel contraste, casi inevitable, no descompone la imagen ni daña las grandes figuras de la historia.

Tal condición anexa a las fragilidades de la vida explica la censura, la acritud de los fiscales y la impiedad de los criticos.

En el cortejo de los muertos famosos no faltan los detractores, y el odio impotente al parecer ensaya los dientes de la sierra sobre el mármol tumular y en el bronce de las estatuas.

Mas, la nombradía se impone, por la lógica irresistible del pensar y del sentir de los pueblos que se prueban a golpe de hierro sobre el yunque de la verdad, cuyas relatividades la confirman en definitiva. La gloria—proceso de los contemporáneos—es fallo de la historia y sufragio universal, por los motivos de la realidad, aquilatados por la razón.

La fama—no prejuicio—resultante es de una serie de comprobaciones, última nota de un acorde, cláusula que cierra mil accidentes circunstanciales, la consecuencia ineludible de un silogismo de la vida. Vanamente se alforaará la envidia contra los hombres eminentes; sin resultado procurará el odio por añejos agravios disminuir la estatura del genio. En menor escala podrá decirse de tales intentos lo que se escribió en el Libro Santo:—El escudriñador de la majestad será aplastado por su grandeza.

NADA NUEVO

Bajo el sol que alambrió los días del Libertador, se hicieron las primeras campañas de intriga y de tracundia contra el héroe de América.

No eran solamente los terribles caudillos del oriente venezolano—Bermúdez, Mariño, Piar, Arismendi; no solamente se atentó contra la vida de Bolívar en asechanza traidora, ni el patriotismo español fue el único que procuró empujear al gran soldado y al brillante estadista; sino los mismos esclavos libertados, los países manumitidos pagaron casi siempre con ingratitude o desdeñ la perseverancia del Jefe que no dió nunca un paso atrás en la senda triunfal. Castillo y los suyos rechazan su auxilio a la sitiada Cartagena; Páez se subleva contra su propia gloria al sublevarse contra el padre de Colombia; la lengua de serpiente del tribuno Peña pronuncia la palabra destierro (para el que hizo la Patria!); Santander, encumbrado por él, le traiciona setenta veces siete: Obando

y López, los jefes del Patía, convierten Pasto y el Valle en campo murado y fortaleza en contra del Jefe de todos, que no tenía más pasión que la patriótica de conservar la unidad de la nación, para su gloria. En el Perú, Riva Agüero, Torre Tagle, Berindoaga, Larrea, por celos de nacionalismo, por munitias de partido o de doctrina, no siquiera firmes ni coordinadas, se lanzaron contra Bolívar, con las armas en la mano o la diatriba en el documento oficial. En Buenos Aires, tenía un adversario tenaz—Rivadavia; Montegudo le fue hostil; muchos escritores, pocos con relativa moderación como Irizarri, y los más con arma envenenada y tinta de ponzoña, abrumaron al Libertador con libros, folletos, censuras, invectivas anónimas, censuras a sangre y fuego. Se llevan éstas hasta al tribunal de la opinión europea. Bogotá es una caldera hirviendo que enciende la enconada opinión que se dispara al corazón del capitán de Colombia. Alumbra *La Aurora* con el incendio. *El Demócrata* fulmina sentencias de muerte. Soto, Azuero, Vargas Tejada añían los puñales de la elocuencia, que más tarde debían obrar en la noche de Setiembre. En el Perú *Prudonena* escribe la leyenda negra del caudillo, los auxiliares de Buenos Aires entregan el Callao a los españoles por odio a Colombia y a Bolívar; y el hombre inmenso y fuerte se mantiene en pie, recibiendo las hondas del rayo que le venían de los cuatro términos del horizonte. Santa Cruz y el contingente chileno le abandonan, el mestizo Gamarra trama la ruina de América con traidoras intrigas sobre Bolivia; Vidaurre a tiempo de lisonjearle con promesas y adulaciones, se conjura con los enemigos de las vastas concepciones de grandeza americana; *El Argos*, *El Duende del Plata* le denuncian como al despota de América, porque la congrega por la unión que la fortalece.

Y viene el fin... Gamarra ocupa Bolivia y Bustamante, un satélite de Santander, se subleva en Lima, para servir al Perú y hacer retazos de la gran patria. Al mismo tiempo, Pasto monta la guardia contra el Libertador, casi a tiempo en que el valeroso Córdoba se subleva en Antioquia, disparando invectivas contra su Jefe, idolo antes de culto heroico. De todos triunfa la supremacía del hijo de Caracas. La calumnia como reptil coliarde vuelve a su cueva, a tragarse su veneno.

El Libertador dice a la gran Convención su queja dolorida: "Todos mis conciudadanos gozan de la forma inestimable de parecer inocentes a las ojos de la sospe-

cha: sólo yo estoy tildado de aspirar a la tiranía". . . .

Era la acusación de los puristas de la libertad, de los aprendices de la democracia, que habían de negar al Padre de la Patria el derecho de guardar la vida de esta, sus intereses y su honor, amenazados de muerte por la difusión pestilencial de teorías de trasplante y de contagio.

LA CAMPAÑA POSTUMA

Cuando se apagó el sol de Colombia, en el asombro y confusión de la incertidumbre, por la solemnidad del momento y la majestad de la muerte, enmudeció el furor que se había desencadenado contra el caudillo, en la turbulencia de los últimos años, que fueron también los finales de la patria—la de su creación grandiosa.

La liquidación hereditaria de Colombia, las discordias de las desgraciadas patrias americanas, entregadas al filo de la espada y al filo de la lengua de caudillejos y de tintorillos de la política, pusieron un paréntesis de olvido, para que descansasen en paz las cenizas del gran proscrito, que sólo muerto, pudo reposar en su patria.

A las puertas de la muerte, escribió el grande hombre, con su ingenuidad habitual: "Tengo hecho mi examen de conciencia, Santander hará el de mis pecados".

Y no fué Santander, sino algunos de su séquito quienes habían de disparar los primeros fuegos contra la reputación del famoso caudillo muerto.

Santander un hombre de talento y en sus pasiones no se encerraban dentro de la mediocridad, si calló sus agravios después de su destierro. Comprendió cuán vano resultaba el intento de empequeñecer al Jefe de la independencia, lo que iba también contra todos los que actuaron bajo sus órdenes, compartiendo menguas y grandezas.

Estaba reservado al sombrío Obando—aquél enigma humano nacido en uno de los círculos del infierno del Dante— arrojar los guijarros de su feroz inquina, con ocasión de defenderse inútilmente en el gran pleito del asesinato del Mariscal de Ayacucho. ¡Un guerrillero español implacable y cruel acusando al cultísimo soldado y patriota que puso, en la tormenta de la revolución, el matiz heroico y la generosidad hidalga, que la prodigó tantas veces al mismo capitán de los patanos! ¡Cómo fueron tenaces y bravías las disidencias regionalistas que debían traer la dispersión de la América española! La eliminación misma de Sucre, episodio es de

la mortal rivalidad entre venezolanos y granadinos. . . .

Más leales fueron a Bolívar los auxiliares extranjeros, los gentiles hombres de la Legión Británica: Brown, O'Leary, O'Connor, Wilson, Ferguson, que los aliados Santa Cruz, Necóchea, Lavalle, Gamarra.

Se hizo después el silencio. La majestad de Bolívar iba creciendo con el tiempo; y a despecho de celos nacionalistas y de envidias mantenidas en una como prefación histórica, triunfaba siempre el héroe muerto, desde la piedra de su tumba.

Pero habían de venir los rebuscadores y analistas, para sorprender minuciosidades, discutir motivos y rehacer el cuadro de la vieja historia con perfiles y colores nuevos.

No había desaparecido la emulación de las regiones malavenidas en la Unión Colombiana. Si Venezuela había vuelto entusiasta al culto de su genio representativo; en la Nueva Granada, los parciales de Santander y de los Setembristas guardaban el secreto rencor de los conjurados de 1828. En el Perú cuya soberbia nacional no correspondía a la misera relatividad de sus libertadores nativos, se mantenía por lo menos el desdén a los colombianos y a su Jefe que dieron remate a la emancipación americana. Buenos Aires no conservó nunca simpatía al Libertador, que supeditó a San Martín y formó, con una gran porción del Virreynato del Plata, la república de Bolivia. Chile tampoco se entregó a la seducción que la fama de Bolívar iba extendiendo, más que en América, en los países europeos.

Bolívar tan celoso de su gloria, ni aun en la solemnidad de la muerte, pudo apartar las consideraciones y temores sobre el fracaso de su fama. Esta era su culto, tan sincero, como su ambición que le consumió en su hoguera: ambición de altas cosas, de crear, de hacer el bien, de sobresalir, sacrificando las partes inferiores de la vida al interés inmortal, que se había de obtener quizás después de siglos, o nunca.

El no juzgó que en su nativa Venezuela se le vituperase, y que su propia tierra decretase la proscripción de su libertador. Suponía sí que principalmente Nueva Granada ardía en odio contra el Dictador, (nombre que había de perder más tarde casi totalmente sus motivos de condenación). "Me han llamado tirano—escribió a Castillo desde Riobamba en 1828— e hijos de Bogotá han tratado de castigarme como a tal. . . . A mí nadie me quiere en la Nueva Granada".

El sentimiento en aquel espíritu nervioso y sutil le llevaba casi siempre a generalizar.... El tiempo había de desmentir su afirmación absoluta. En la Nueva Granada ha tenido partidarios insignes el Libertador, y el arte y la apología de la historia han rendido al héroe y al genio, por boca de varones eminentes, testimonio de admiración, en forma a veces encumbrada y luciente: Miguel Antonio Caro, Posada Gutiérrez, J. M. Restrepo, M. A. López, Groot, Mosquera, Pérez y Soto y tantos otros.

Los festejos del centenario del nacimiento del Libertador tuvieron una nota ingrata en el Perú: la campaña insidiosa de rencor acedo y antipático del maestro Ricardo Palma, quien recogió murmuraciones, suposiciones y calumnias de la odiosidad contemporánea al Dictador del Perú, al que en vida y en muerte rindió tan majestuosos homenajes la nación peruana.

Una legión de escritores, sobre todo de la antigua Colombia, cubrió con la sombra de sus saetas, al imprudente literato, que hubo de callar bajo la presión de la veracidad histórica.

Desde otro campo, el de la emulación nacionalista, ha venido el empeño sobre todo en la República Argentina, de disminuir la estatura moral de Bolívar, para igualarla por lo menos con la de San Martín. A partir de Rivadavia, no ha cesado la empresa de celosos argentinos y chilenos, que ponderando las hazañas militares y los valores cívicos de próceres del Sur, han procurado directa o indirectamente, discutir el mérito de las campañas bolivarianas y de los grandiosos proyectos del genio americano para la unidad continental, la paz de las naciones y el triunfo de la democracia sobre los cimientos del orden.

La comparación con San Martín carece de base. Este no tenía punto alguno de afinidad con Bolívar, explosivo, tropical, lírico; no como aquél, discreto, equilibrado, sereno. Bolívar fulminó sobre cien campos de batalla; San Martín tuvo como el general griego sólo dos hijas—Leucres y Mantinea.

San Martín, después de la entrevista de Guayaquil entregó el Perú a su suerte para que volviese a la sujeción española, y por él se perdió el Ejército y peligraron los destinos de América. Bolívar triunfó de las facciones, y a pesar de traiciones, de la desertión, la escasez y el rencor de los libertadores, logró completar la independencia del continente.

San Martín, con su leal sinceridad, no se atrevió a llamarse rival de Bolívar y pidió un puesto bajo las órdenes del grande hombre libertador de la América.

La historia va ensanchando sus linderos, en invasión a los diversos campos a ella anexos y a lo secreto y lo anecdótico, que completan el cuadro.

En este terreno, trabaja con más fruto el *chauvinismo* de visión limitada y juicio preconcebido. Aquí toman posiciones los partidos llamados doctrinarios. Los políticos adversos a las ideas del Libertador, han estropeado los documentos de su actuación y han juzgado, con el criterio actual, las situaciones de hace cien años.

En la Nueva Colombia, los devotos de Santander, principalmente, rastrean las caídas y flaquezas de Bolívar, con el fin de justificar actos reprobados en su tiempo, y para absolver a personajes predilectos de su patria, en daño maliciosamente intentado, de la reputación del Libertador.

Tarea frágil y antipatriótica; inútil además, ya que los descuentos de gloria del Caudillo afectan también a sus parciales y satélites obligados de su fama. Colombia que ha escrito en la historia universal los nombres de Córdova, Girardot, Ricaurte, Santander, Padilla.... no ha menester, revisar las excelencias de Bolívar y Sucre ni restar merecimientos a los grandes soldados cuyas cenizas alberga el panteón nacional de Caracas.

Vano resulta también discutir las ideas sociales del hijo predilecto de Venezuela. Los que le denueñan por su debilidad, que se rindió al imperativo religioso, entre ellos Gil Fortoul y los librepensadores colombianos; los que reprobaban sus ideales políticos de Constitución vigorosa para países en revuelta; los que condenan su programa centralista y cesáreo—todos los enemigos póstumos de la conducta y principios del estadista—incurren en la equivocación de trasladar el tribunal y la crítica, del teatro en que actuó el Superhombre, al en que escriben ellos tranquilamente, a la luz de su criterio, cernido y destilado con el escrupulo y cautela de los inquisidores de caso pensado y prejuicio de escuela.

Pero contra ellos, contra los roedores de reputaciones; estas —las de verdad— triunfan para la majestad inmortal. Como las mariposas que se agolpan sobre las bombillas eléctricas, perecen con el martirio de la luz ajena y de la propia miseria.

EL DESAFÍO ÚLTIMO

Desde la ciudad de tradición heroica, para desquite de sus agravios, sin consecuencia apreciable, se dispara como un obús el libro del doctor Sañudo contra Bolívar.

En la vasta labor crítica del presente siglo, se rebusca todo rincón, se escarba el subsuelo, se recompone el escenario entero, en apelación de fallos anteriores, para ante el tribunal de la crítica contemporánea. Y se va tan lejos en la labor que se llega a negar hechos evidentes para restar prestigio hasta a los prohombres de las edades muertas. El libro de Pasto contiene en verdad el examen de los pecados del Libertador, que lo tenía previsto. Y no sólo se apuntan a su cargo las culpas, si no se aventuran apreciaciones desacordes con la verdad, como procedentes que son de una alta temperatura pasional.

Que Bolívar traicionó a Fernando VII—peccado—si tal puede llamarse en que incurrieron todos los próceres de la emancipación y el mismo Fernando que se traicionó a sí mismo entregando el poder al extranjero. Un rey sin territorio dejó de serlo, y desapareció la soberanía española en el Nuevo Mundo, concentrándose ella en las autoridades originarias.

Que atentó criminalmente contra Dn. Francisco Miranda. Y no se recuerda que éste—al mando de un grande ejército—capituló entregándose a Monteverde. Se explica el furor que tal acto produjo en el temperamento vehemente de Bolívar.

Que el valor de éste no se distinguió como el de otros soldados de la independencia; que Bolívar mostróse cobarde en la noche trágica de Setiembre.... Es el primero que ensaya tal acusación contra el héroe de Urica, Carabobo, Bomboná y cien batallas; el candillo más fuerte en la derrota que en el triunfo; el que resistió el ataque personal del terrible Bermúdez, con la punta de la espada; el que entregó al patíbulo al indomable Piar; el que convaléciese en Pativilca, juró venerar, como lo había jurado en el Sacro Monte de Roma y sobre los escombros de Caracas en el año tremendo (1812).

Que eran superiores a él Nariño, Piar, Mariño, Páez. Es claro que valían más, en el criterio colombiano, Santander y Córdoba y Padilla; y según el veredicto de Pasto, el simpático y furibundo Agualongo. Habrá de añadirse que San Martín se encumbró sobre Bolívar, que Sucre, Rivas, O'Higgins y Rafael Urdaneta valían tanto como él, y que en su calidad de estadistas, Rivadavia, Monteagudo y sobre todo Santander, representaban los primeros

papeles. Tales asertos antojadizos no corresponden a las liquidaciones definitivas de la historia. Si en vida del Genio no prevalecieron sobre él sus emúlos y adversarios, ello se debe a inferioridad de éstos. Lo contrario importaría absurdo y contradictorio.

Que *La liga Americana* la tuvo en mentes Miranda, que en 1809 la mainaron los Estados Unidos, y Martínez Rosas en Chile indicó su posibilidad. ¿Y quién dio forma, extensión e importancia a aquella utopía de los primeros idealistas? El Congreso de Panamá y la Liga Anfictiónica que nacieron muertas según la opinión de Bartolomé Mitre, alientan hoy soberanamente en el panamericanismo, y en la Unión Continental Latino-americana. El Moisés del Código de Panamá es y será siempre Bolívar.

Que éste poseía pocas ideas políticas. Y nadie en su tiempo le excedió en alteza de concepto, en amplitud de miraje, en originalidad de formas y expresión. Si careció de la sutileza observadora y del talento del detalle, tuvo en cambio el don de avance hacia el porvenir, donde se acrecentaría su gloria y fructificaría la simiente de sus ideas.

"Cuán otro hubiera sido el efecto de la independencia bajo el impulso del caballero Nariño... y no del infausto Bolívar". Estas palabras de Sañudo compendian su programa posibilista. ¿Que infantilidad la de entrar en la fácil vía de los supuestos de la imaginación! Si Nariño, aquél mal *bicho* que dijo el paisano Santander, no hubiese sido tal; si hubiera triunfado en la campaña del Sur—mas importante que la que finalizó en Ayacucho, según concepto de Sañudo—; si el prócer nacional de Nueva Granada no hubiese muerto; y caso de vivir, hubiese superado a Bolívar—es claro que en las combinaciones posibles de una leyenda que no fué, Nariño habría tomado para sí el puesto y el honor del prohombre venezolano.

Que más bien que Bolívar (y todos los demás libertadores desde Méjico a Chile) habían hecho la emancipación americana Riego y Quiroga que se sublevaron en España contra el Rey absoluto, en vez de embarcarse para combatir contra los insurgentes del Nuevo Mundo. El aserto debía extenderse a Bonaparte, que destruyó al monarca español, y por ello dejó libres a las colonias para gobernarse por sí mismas. Además la guerra de emancipación se considera civil, contra el absolutismo monárquico; y Riego, Quiroga y los doceañistas fueron hermanos de ideas de los libertado-

res de América, quienes no por ello pierden un ápice de su grandeza: antes bien la acrecientan, pues contaminaron sus proyectos a España misma y Bolívar pensó invadirla, para fundar allí la República.

Que Bolívar escritor y orador, fue mediocre, de mal gusto, de limitado horizonte. Bolívar, el primer literato de su tiempo en la América hispana, "el poeta de su siglo" que dijo B. Mitre, tiene por lo pintoresco y lo emocional, por la armonía de la frase y la ingenuidad fresca y hermosa de sus cartas, sitio de honor en las letras universales. Lo que en contrario opine el odio localista y estrecho entra en los términos de la hajeza pasional.

Así se procede malamente en la tarea de censura, apellidando imparcialidad, invocando el hecho base de todo juicio y quebrando las pesas y medidas de la comprobación histórica.

MONARQUÍA Y MONOCRACIA

Sin que aparezca documento alguno que rectifique la afirmación del historiador Restrepo sobre que "el Libertador nunca pensó en fundar la monarquía en América", se afirma en el libro que motiva estas páginas que Bolívar intentó la monarquía para sí. Este pensamiento que llegó al máximo en el Perú después de Ayacucho, no turbó jamás la mente del demócrata y republicano, que lo fue de corazón; no por motivos de inferioridad engreída, sino merced al fondo de piedad en él prevaliente, para que le inclinaba hacia la igualdad y la beneficencia fraternal, que las practicó desde sus verdes años, en calidad de hidalgo rico, señor de haciendas y esclavos.

Eran Urbide, San Martín, Monteagudo, García del Río, los miembros del Concejo de Gobierno de Bogotá quienes aconsejaron la forma monárquica, como expediente para lograr la paz y el orden, en el tránsito febril de la revolución a la patria.

Si alguna vez, por insinuación de plenipotenciarios ingleses o franceses, o por respetable influencia de patriotas y caudillos como San Martín, consintió Bolívar en que se hablase de monarquía constitucional como de una posibilidad; muy luego se sublevo su alma libre y republicana, para defender la democracia e imponerla, aun disgustando a sus mejores amigos.

No se ha de condenar tampoco a los filósofos y estadistas que opinaron por la monarquía constitucional, fórmula de conciliación entre la libertad y el poder, para estabilidad de la una y del otro.

Mas por razones de temperamento, por antecedentes de vieja convicción, por el

carácter vehemente y expansivo de Bolívar, no podía éste ajustar con el ideal monárquico el credo democrático, que tenía en su alma la fuerza del instinto.

Lo que si caracterizó el gobierno de Bolívar fue la dictadura, "su única manera de gobernar", por confesión de él mismo.

En la tormenta de la campaña, desde 1810 hasta 1830, cuando vacilaba el suelo, retrocedían las aguas y cabecaban los montes, en un torbellino de sangre, fuego y cenizas, no se imponía otra organización que la dictadura, el mando militar extendido a lo civil, la concentración de los poderes para la salvación de la patria.

Por desgracia, el procedimiento no resultó uniforme, ni la dictadura adquirió las condiciones de firmeza y permanencia que convenían a la salud pública.

Bolívar idealista, casi soñador, desde que se le dió un palmo de tierra para sus caballos de batalla, organizó una legislatura y promulgó una carta constitucional. Ello resultaba extemporáneo cuando estos países no eran sino un campamento, los ciudadanos soldados y las elecciones una mentira.

Lo desastroso fue que se repitieron sucesivamente los ensayos legislativos, trabándose intensa lucha entre utopistas de diversas banderías: la federación, el centralismo, las facultades legislativas en rivalidad con las ejecutivas, el sistema electoral en improvisación, los proconsulados de los departamentos, los apremios internacionales, el parlamentarismo imposible, la cuestión religiosa—un océano de complicaciones.

Estas llegaron a culminar en la campaña del Perú, y más, después de esta campaña.

Racional e indispensable importaba reservar la organización definitiva luego que se hubiese quemado toda la pólvora, para cuando se arriase el pabellón español en Puerto Cabello, Maracaibo, el Callao y Chiloe.

Las nacientes repúblicas se convirtieron en cátedras de derecho político, prolongándose los debates en la prensa y en la tribuna y formándose la maldita máquina de los partidos. El mismo Bolívar, incurriendo en contradicción, esparcía con el fuego de su palabra, en proclamas y mensajes, la alienación constitucional, la seducción de la libertad no adiestrada todavía, la enseñanza de todas las artes democráticas, peligrosas a lo menos en países que padecían la locura juvenil y la intemperancia guerrera. Los conflictos se produjeron, se atropellaron e

incendiaron el campo de acción y el aire respirable. Entonces fue cuando Bolívar dió la Constitución que lleva su nombre, obra suya originalísima: más bien que Carta política, ensayo de terapéutica para prevenir y curar los males del instante.

Aquel código, precisamente por sus disposiciones de resistencia a la disolución de entonces, fracasó ruidosamente, renunciando más tarde el autor a ese su *ensueño legislativo*, que intentó juntar en un todo las franquicias de la república con la firmeza de la monarquía.

No se ha de culpar pues al Libertador por su dictadura que muy poco tenía de tal, sino por sus vacilaciones en mantenerla hasta el fin, hasta organizar la nación en la paz, como lo hizo Washington.

Quien se arrogó el cargo de guarda de la ley y purista del derecho—Santander—escribió pérfidamente al Libertador, cuando su estancia en el Perú: "Ud. no debe venir al gobierno, porque éste, rodeado de *tantas leyes*, amarradas las manos y envuelto en mil dificultades, expondría a Ud. a muchos disgustos y le granjearía enemigos"—(Posada Gutiérrez—*Memorias*—t. 1^o). Bolívar debía quedarse en el Perú, a manera de proscrito, según consejo del *hombre de las leyes*, el año 1826, al estallar del primer síntoma de la disolución de Colombia. Y al Vicepresidente de Colombia placía la ruptura de la ley y suplir sus insuficiencias, cuando ello venía en su provecho. El mismo General Posada escribe: "Conforme a la ley de 1825 no podían ni Bolívar, ni Santander, reelegidos entrar en 1826 al ejercicio de la Presidencia y la Vicepresidencia sin jurar ante el Congreso. Pero como éste no pudo reunirse, insinuó Santander que Bolívar expidiese un decreto nulo a todas luces y falso. Si la presidencia terminaba el 2 de Enero ¿cómo podía el Presidente ordenar que continuase el Vicepresidente ejerciendo el Poder Ejecutivo. Desde ese día, perdió Santander el derecho de ser llamado *hombre de las leyes*".

Por desventura, el mismo caudillo desprestigiaba su monocracia con frases de retórica de colegio: algo como tentativa de suicidio.

Por lo demás, la dictadura de Bolívar se ejercía moderadamente, en términos que nuestro poeta Olmedo la llamó "dictadura de las leyes". Hasta la última de 1830 se ajustó a un estatuto constitucional libérrimo y moderado, producto de meditaciones y desengaños, propios de la majestad veraz de la hora postrera.

Cuán poco importa, ante el criterio actual, la condenación de la dictadura, en

esta América que la ha practicado universalmente en cien años. No existen los presidentes vitalicios en las constituciones, pero sí en el hecho. La dictadura como reacción contra las intemperancias liberales, se ha aceptado sin protesta de mayor parte de los pueblos. En estos "los esclavos pasan a tiranos", como decía el mismo Bolívar, juntándose así los extremos, en virtud de una lógica implacable.

Y aun los gobiernos llamados constitucionales ejercen la dictadura solapadamente, no con la dignidad y el valor de la franqueza, sino en la forma subterránea de los cobardes y los infimos.

Y hoy después de un siglo en el que se ha agotado el índice del Código Penal en la mayor parte de las repúblicas americanas, escandalosas y desprestigiadas; ¡se vitupera el despotismo de Bolívar, que lo requería la fundación misma de la república para su perpetuidad!

Los filósofos de historia no sólo absolverán a Bolívar su tan relativo poder discrecional, sino que le condenarán por no haberlo mantenido franca y eficazmente, a fin de completar la campaña cívica con que debió coronarse la acción militar.

Ni se ha de culpar al Dictador los abusos de sus tenientes—de los que en realidad practicaban la dictadura lejos de la influencia y la vista del Jefe. El militarismo que había de perdurar en casi toda la América española hacia entonces su presentación: la libertad, como apuntó el historiador Restrepo, degeneró en mano de los *Libertadores*.

De ellos no fue el que obtuvo con derecho el título "mayor a que pudo aspirar la humana ambición".

La monocracia que escritores argentinos y el humanista de Pasto condenan en Bolívar, es una de tantas palabras que no responden a la realidad; palabra a la que se da extensión, sin estudiar el hecho social y los accidentes y circunstancias del medio y del tiempo. La verdad radica en la previsión del Libertador, cuando se espacia en confianza (1824) en Huaraz ante O'Higgins y el secretario del comodoro Hull: "Si el corazón no me engaña (y lo dijo llevando la mano al pecho) seguiré los pasos de Washington, y preferiré una muerte como la suya, a ser monarca de toda la tierra...."

Acabó en verdad como Washington; y la buena fortuna de su Patria no principia aún, si hemos de compararla con la quietud y feliz del patriarca del Norte.....

(Concluirá)

Remigio CRESPO TORAL

Cuenca

POEMAS

Para la revista AMÉRICA

I.—¡OH FERVOR INFINITO!...

¡Oh fervor infinito de elevación: jamás
abandones mi alma;
alumbra eternamente con tu lámpara astral
la sobrehumana vida de mi cumbre interior!

Clávame tus visiones rutilantes de inmensidad,
tus visiones que tienen un extático
vuelo del más allá...

Haz que todas mis áforas rebosen de dulzura.
Donde caló la sombra, cante la claridad
señalando mi ruta
con puñados de rosas de mágico llamear.

Y que todo mi espíritu
vibrante de ansiedad,
se llene de esa límpida y clara mansedumbre
de los campos que enciende la alborada estival.

¡Oh fervor infinito de elevación: protege
mi vida errante y honda con tu fulgor tenaz,
y sírvenme de guía cuando deba internarme
en el vasto silencio sideral!

II.—EL POEMA

Alma mía, es en vano que esta noche te abras
para hacer con tu angustia el poema soñado.
Muy hondo es el clamor que te estremece, y nunca
podrás, con las palabras inertes, arrancarlo.

Con él naciste. Todos los senderos oyeron
tu ansia por libertarte del misterio obstinado
de esta canción que quiere surgir y que no hace
más que quemar mis labios.

Alma mía, es en vano que esta noche te abras
y me llames con gritos desgarrados.
Sólo en la hora en que mis párpados descendan
para siempre,
podrá oír el silencio tu milagroso cántico....

Montevideo, Uruguay

Gastón FIGUEIRA

ANIVERSARIO DE "ESPIRALES"



La Redacción de "Espirales"

que acaba de celebrar el primer aniversario de su existencia

Sentados: señor don Pedro Gámez, señora Hipatia Cárdenas de Bustamante, señor don Augusto Arias.

De pie: señores Carlos Dousdebés, Isaac J. Barrera, Leonardo Arcos, Guillermo Bustamante y Hugo Moncayo.

Apreciamos la amistad de esta revista quiteña, de elegante factura y amenas letras. Que tenga feliz y larga vida y que su Director, don Pedro Gámez, reciba nuestra enhorabuena por su asidua y hermosa labor.

Bolívar en Roma

Poesía laureada con uno de los premios extraordinarios que se concedieron a los temas bolivianos en los Juegos Florales Internacionales de la ciudad argentina Bolívar.

Luz vespéral ardía
vistiendo de oro pálido la ruta del Babuino.
Una canción alterna
como de gloria y duelo, estremecía
el ánimo guerrero de Bolívar. Su diestra
con fiebre de recuerdos, oprimía
la fé de un relicario diamantino
guardador de la dulce imagen de una muerta.
El hábito imperioso de la ciudad eterna
sobre su frente grávida encendía
la luz de un atrevido pensamiento.
El Monte Sacro perdíase en el suave
escorzo de la tarde. Soplaban, largo, el viento.
Como si el obelisco petrificado y grave
hubiera desatado un torbellin,
alas del huracán batieron en su escudo nobiliario
y se agitó el laurel sobre la piedra del molino!

Bolívar recordó, abriendo el relicario:
la atadura romántica de una mirada antigua,
la insinuación anable de unos labios... Teresa
que habló en su corazón la primera palabra,
bañaba su dolor con la presencia de una amiga,
pero lejana ya, sin contorno, borrosa,
como esas devociones que la distancia labra,
y asiéndose al fantasma de su esposa,
sintió en los brazos trémulos la angustia de la nada.
Lentos, en la fijeza
de una yerta memoria inacabada,
seguíanle los ojos claros de la Marquesa,
sueño de su galante mozo,
uva de la embriaguez dorada de su vino,
áureo eslabón de su albedrío,
laurel de paz sobre su piedra del molino.

Se hundió por olvidarla, en cortesanos esplendores:
con la chispa vibrante de su ingenio
prendió el fuego locuaz de los amores.
Su cáustica pasión quemó las manos imperiales
y alcobas de princesas supieron del ensueño
de este gran capitán de bravos amadores.
En su pecho, abatidas las cabezas ducales,
oyeron el latido acelerado
con que la sangre joven, en corrientes marciales,
imprimía en la plática cautiva del poeta
el vencedor aliento que enardece al soldado.

Mas, siempre entre los faustos de la Corte, advertía
inseparable de su afañ, una silueta.

— alas de libertad sobre la regia pedrería
de las coronas reales—y ya en su entraña vasca
nutrida con la herencia de las nobles centurias
se agitaba un denuedo
que apuntó por el viejo parque de María Luisa
cuando quiso humillar al Príncipe de Asturias,
vehemente en la victoria de su juego,
entre alarde y sonrisa.

Sembró el amor con gesto de elegancia;
le chapcan a la Bolívar fue gracia del saludo
y entre las reverencias preciosistas de Francia
derrochó su fortuna por imponer su arte.
En pechos principescos ató, capcioso, el nudo
del femení anhelo que busca y adivina....
Sonrió del triunfante Bonaparte,
la magestad que pasa coronada,
con la púrpura viva, la capa bizantina
y el sueño de Polonia redenta en la mirada....

¿Cuánto duró el recuerdo? En viaje inmensurable
la memoria del genio franquea las edades
y el tiempo se detiene, perdurable,
sobre la vasta imagen de todas las ciudades.
Pero brotó un milagro de esa tarde romana,
más que nunca, ataviada con las galas eternas,
que oyó a Bolívar la insinuación de una proclama,
rompiendo las auroras sempiternas!

Alzábase en su alma con indistinto goce,
su obra, en lo infinito de una heroica medida
y el límite profético que aún no se conoce
extendía, en relámpago, la urgencia de su vida.
Una inquietud extraña sus gestos dominaba
y en su emoción violenta y pavorida,
una voz, desde el fondo del futuro le hablaba.

Junto a Simón Rodríguez, su maestro y filósofo
fué en esa hora con rumbo al Monte Sacro.
Se regaba un crepúsculo milagroso del Lacio
y su ayo y confidente, con voz interrogante
ponía en su lejano simulacro
la virtud de un instante
tejido con los versos ascendentes de Horacio.
"Sígama usted, le dijo, a coronar el monte
por la Vía Flamina, ruta de los Scipiones".
Era una mancha de oro sangriento el horizonte;
sobre el augusto cielo, invisibles ciclones
agitaban el nombre de Pompilio.
La voz de Tito Livio
esculpía el prestigio de la ciudad romana.

con paciencia de idilio
y entonces fue que al pie del monumento
sobre la libertad americana
Bolívar pronunció su juramento.

Nunca humana grandeza
más solitaria estuvo entre el fogar del día,
que cuando irguió Bolívar la cabeza
nimbada por la santa profecía...
Le dió, Rodríguez, con fe de espaldarazo
sobre su corazón de vasca esencia
un baño del impulso de los cides...
Jamás se alzó con más certeza un brazo
ni tuvo más sapiencia
el mirto, para el rumbo de las futuras lides.

Sintió el retorno iluminado
la vía milagrosa del Babuino
Lejos, el obelisco mudo y petrificado
era el índice terco de un seguro destino.

... Amarillo temblor en que se inflama
una vieja memoria que agoniza...
Carta de amor que pide la pureza de la llama
para hacerse un olvido de ceniza...
Se levanta una luz chisporroteante
de la pulida chimenea
pronta a quemar el beso del pasado,
Bolívar va a fundir en un recio diamante
su lloro de andariego enamorado.
Una epístola humea
y en sus líneas menudas se consume, vencida, una esperanza;
de un pliego azul se borra la ternura de una cita,
y otra tarjeta, impresa en oro, alcanza
a relucir entre el ardiente vuelo
el escudo gentil de alguna princesita...
Creyó escuchar la frase de un anhelo
vertida en la distancia inolvidada;
miró una devoción carbonizada
en la última ceniza de un sobrecillo muerto...
Mas, ya pendía del corcel la espada
y estaba el corazón desatado y liberto.

El águila latina, pensamiento que vuela
atravesó la noble ruta de los Scipiones.
Fulguró en su recuerdo la faz de Venezuela
con las más poderosas seducciones.
Se arrancó de su pecho un hondo grito
que levantó en sus ecos otra visión homérica,
se hizo de rayo, de alma y de granito
y hundió su luz de amor en la entraña de América!

Augusto ARIAS

Quito, Ecuador

HISPANIDAD



Miguel de Unamuno

DIGO Hispanidad y no Españolidad para atenerme al viejo concepto histórico-geográfico de Hispania, que abarca toda la Península Ibérica, la Iberia occidental—porque hubo otra, la oriental—el extremo Occidente y que acaso por ello, pues los extremos se tocan, tocó al extremo Oriente. Recuérdese que los portugueses, los extremos occidentales de nuestro extremo Occidente, los que no han visto sino ponerse al sol sobre su mar nativo, se fueron, mar tenebroso adelante, a ver salir el sol sobre él, a crear un Imperio del Sol Naciente. Y tras ellos Colón, el judío, al servicio de Castilla, la de tierra adentro, se fué por el poniente a buscar la tierra del sol naciente. Y dió con las Indias Occidentales. ¿Occidentales?

Digo Hispanidad y no Españolidad para incluir a todos los linajes, a todas las razas espirituales, a las que ha hecho el alma terrena—terrosa sería acaso mejor—y a la vez celeste de Hispania, de Hesperia, de la Península del Sol Poniente, entre ellos a nuestros orientales hispánicos, a los levantinos, a los de lengua catalana, a los que fueron, cara al sol que nace, a la conquista del Ducado de Atenas.

Y quiero decir con Hispanidad una categoría histórica, por lo tanto espiritual, que ha hecho, en unidad, el alma de un territorio con sus contrastes y contradicciones interiores. Porque no hay unidad viva si no en tierra contraposiciones íntimas, luchas in-

testinas. Y la única guerra fecunda es la guerra civil, la de Caín y Abel, la de Esau y Jacob, la guerra no ya hermanal sino melizal.

Un territorio tiene un alma, un alma que se hizo por los hombres que dió a luz del cielo. Y cuando un territorio como es el de Hispania está fraguado de íntimas contraposiciones, obra de Dios, sus hijos son hijos de contraposición. Tienen el alma de Job.

En pocos pueblos la tierra, la divina tierra—o, si se quiere, demoníaca; es lo mismo—ha dejado más hondo cuño que en los pueblos que ha fraguado Hispania. Waldo Frank (1) dice, hablando de Aragón, que "todo es polvo, salvo el pueblo, que es barro; barro tostado al sol". Así fué, según la leyenda bíblica, Adán. Y no ya el aragonés, el español central, estepario o serrano o ribereño, es de lo más terrenal. El mismo Frank observa que es más geológico que vegetal o animal. Es rocoso. Otros hispánicos, habiéndonos hecho en tierra más vieja, más deshecha, más vegetalizada, como nos pasa a los vascos, hemos cambiado de hebra. Hay en las *Solitudes* de Góngora un verso estapendo, hablando de esta tierra en que escribo, y es el que dice:

(1) *Virgin Spain: Scenes from the Spiritual Drama of a Great People*. London, Jonathan Cape, 1926.

Del Pirineo la ceniza verde.

Más en esta verde ceniza del Pirineo vasco, donde nací y me hice *niñez y mocedad*, hueso del alma, recuerdo mis treinta y dos años—casi la mitad de mi vida—de rocosa Castilla, en la cuenca del Duero, al que va el Tormes, donde se me secó y endureció ese hueso del alma para mantenerme bien erigida frente a Dios.

Térrea, rocosa, sí, la España interior. Sus pueblos bautizados en polvo—o en arena—como otros en niebla y en mar, según decía el apóstol Pablo (I *Corintios*, X, 2), el apóstol que pensó venir a España (*Romanos*, XV, 24-28). La llamaba el alma de la tierra de las contradicciones. Y aquí sí que hubiera comprendido todo lo que dijo al decir: "y miserable hombre de mí, quién me librará de este cuerpo de muerte?" (*Romanos*, VII, 24). ¿Del cuerpo? ¿Pero es que el cuerpo no es alma?

En esa alma matriz—y maternal—que es el centro de Hispania, las masetas del Duero y del Tajo—espinazo Gredos—se ha fraguado un pueblo que siendo de la tierra se despegaba de ella. El campensino-hispánico central fué un pastor, un pastor errante como aquel del Asia que interrogaba a la Luna por su destino de que cantó Leopardi, un pastor que al fin se ahincó. Pero siempre, aun sedentario, el alma trashumante. Hasta en la celda de una Cartuja vaga. Está acompañado y vive más bajo el cielo que sobre la tierra. De donde el conquistador.

Los costeros, los que se hicieron en el regazo de la mar, los marinos, descubrieron o colonizaron un nuevo mundo pero ¿conquistarlo? Conquistarlo, los de tierra adentro, los extremeños, los despegados de la tierra, los dueños y no siervos de ella. Lo mismo que fué con los dorios. Los jonios, los costeros, los gozadores de la vida que pasa, los hijos de la mar, criados a su vera, la temían; Ulises tenía el horror de la mar. Fueron los de tierra adentro, los que venían de las estepas y las sierras, conquistando tierra, los que al llegar a la orilla se detuvieron y obligaron a los mareantes a que les pasaran más allá. A ningún hijo de la mar, a ningún costero, se le habría ocurrido, como se le ocurrió al extremeño Cortés, conquistador, quemar las naves.

Dice Frank hablando de los montañeses del Alto Aragón que tienen "virtudes minerales" y que cuando marchan "su lento y desgarrado porte produce la impresión de que son piedras que andan". Al ciego de nacimiento a quien curó el Cristo le parecían los hombres como árboles que se paseaban (*Marcos*, VIII, 24). Pero en esa roca y de su desgaste se creía tierra que da alguna yerba. Pobre yerba, pero la precisa para sentarse un momento, mientras pasa la hora,

a oír la Palabra. En el Cuarto Evangelio, donde se nos cuenta como Jesús mandó que se sentara a la turba que le seguía, añade el Evangelista: "había mucha yerba en el lugar" (*Juan*, VI, 10). Yerba fresca en primavera, alfombra para la hora de oír el pan del cielo, y gozar de Dios que es luz (I, *Juan* 1-5). Y aquellos llaneros y serranos del corazón rocoso de Hispania pasaron la mar para ir a conquistar, a pelear, a llevar allende el océano sus guerras civiles, pero también a sentarse sobre la yerba virgen de la pampa y oír, bajo la Cruz del Sur, cantar otras estrellas.

Esta tierra bajo el cielo, esta tierra llena de cielo, esta tierra que siendo un cuerpo, y por serlo, es un alma, esta tierra hizo con el latín, unos lenguajes, unos romances. Hizo el catalán, y el aragonés, y el leonés, y el bable, y el castellano, y el gallego, y el portugués. De ellos salieron los idiomas literarios y oficiales. Y esos lenguajes son las razas. *Raza*, palabra castellana—*raza* es como raya o línea (de ésta linaje) y se dice en Castilla "una *raza* de sol" y se le llama *raza* a cada hebra de un tejido—palabra castellana que ha pasado a casi todas las lenguas europeas. Pero más que raza de sangre, más que línea de sangre, raza de lenguaje.

Y un lenguaje es un pensamiento, es un sentimiento común, es una filosofía, hasta una metafísica. No anduvo tan descaminado el que dijo que el cartesianismo es la lengua francesa pensando el universo, y el hegelianismo la lengua alemana en análoga función. ¿Y la lengua castellana? ¿Es que no ha pensado—y al pensar sentido—el universo? No hace mucho leí una historia de la filosofía en cuanto ésta busca la verdad, de un alemán, y en ella creo que por primera vez—figuraban pensadores, filósofos, si se quiere metafísicos, españoles. (¿Quiénes?) Loyola, Cervantes, Calderón, por encima del P. Juárez, el granadino, que escribió en latín. Y si nuestros místicos no suelen figurar en las historias de la filosofía—más que de la filosofía, de los sistemas filosóficos—es porque los historiadores no saben entenderlos inmediatamente, sin traducirlos al álgebra filosófica, en su propia lengua. Pero esto va pasando y va viniendo nuestra hora.

Y hay una filosofía catalana, costera oriental, la del isleño Ramón Llull (Raimundo Lulio) y Ausias March, y hay una filosofía galaico-portuguesa, costera occidental, la de Bernartín Ribeiro y la de Antero de Quental. Filosofías hispánicas también.

Y ¿hay un lazo que une estas contraposiciones y contradicciones íntimas hispánicas? ¿Hay un alma—un alma de contradicción—que hace la unidad, la hispanidad? Un alma de contradicción, es un alma profética. El profeta que siente dentro de sí la contradicción de su destino se yergue frente a Dios y le interroga a Dios, le escudriña, le enjuici-

CORAZON DOLORIDO DE SUEÑOS

Con la hoz lunar sobre los hombros,
Se va la noche por la pradera celeste de la madrugada.
En la rama musgosa del tiempo
Un nuevo día abre su flor de plata.

La bruja Silt hace bailar los siete colores
sobre el globo azul de la brisa recién llegada.

Corazón dolido de sueños nocturnos,
Háste a la mar con el sol marino,
Toma estas tres margaritas de oro
para ir deshojándolas en el viento.

Toma esta cascaca de nácar
Para jugar a las escondidas con los ecos.

Cuando tires la red en el agua espejante,
Arroja tu fiebre como pasto de los peces de la mañana.
Corazón dolido de sueños desnudos,
Aljérate en la luz y vístete con la inocencia del alba.

Juana de IBARBOUROU

Montevideo

cia, le somete a enquisa. Y a esto es a lo que he llamado en otra parte el sentimiento trágico de la vida. El profeta, el pueblo profético, sienten la responsabilidad de Dios. Y sienten la justicia.

Justicia es, dicen, dar a cada uno lo suyo, *suum quisque tribuere*, lo que supone el *suum*, el suyo, lo posesivo, y el *quisque*, el cada uno, el individuo consciente de sí mismo, la persona. Justicia social apenas tiene sentido: toda justicia es individual. Y para un pueblo, como para un hombre, profético, justiciero, Dios es un *Quisque*, un individuo, y un individuo responsable. Y por eso el profeta puede preguntarle a Dios: "¿Por qué me has abandonado?", puede pedirle cuentas.

La hispanidad ansiosa de justicia absoluta, se vertió, allende el océano, en busca de su destino, buscándose a sí misma, y dió con otra alma de tierra, con otro cuerpo que era alma, con la americanidad. Que busca también su propio destino. Y lo busca en la justicia. ¿En el conocimiento? No, sino en la posesión. O mejor, en el conocimiento en cuanto es posesión. Posesión de poseedor y no de poseído. Porque hay que ser dueños de la verdad y no siervos de ella.

Los otros pueblos, los que apedrean a los profetas, los de la ciencia y las normas objetivas, los de la civilización que va contra la barbarie, oponen a la justicia el orden. Ahora que siendo los grandes definidores, no han sabido definirnos el orden. Acaso sea el binomio de Newton, con sus potencias ascendentes y descendentes.

Más de esto de justicia y orden otra vez.

Y bien, a fin de cuentas ¿qué es la hispanidad? Ah, si yo la supiera. . . . Aunque no, mejor es que no la sepa, sino que la anhela, y la añora, y la busque, y la presente, porque es el modo de hacerla en mí. Y aquí, en este rincón de mi terruño nativo, sentado sobre la yerba que me da del Pirineo "la ceniza verde", frente a la mar muerterna, bajo el cielo del Carro, busco en el hondón de mi raza, en mi corazón milenario, al Dios hispanico que me ha de responder de mi destino.

Niquel de UNAMUNO

Hendaya, 18 de Agosto de 1927

Saludo a Sandino

Para Alfredo Martínez, con la fraternidad
espiritual, intensa y cálida, que nos ayudará
a salvar estos pueblos infinitamente caídos.

Eres un caporal de leones
y un cazador de bárbaros,
campeón,
30-30,
marihuano de la libertad.

No sé yo cuántos kilos de heroísmo
se han derrumbado de tus manos
en América,
la incansable paridora de hidalgos,
pero te creo un Panamá de audacias,
general de los bíceps andinos.

Tus cananas en X
son la incógnita de este minuto equidistante,
y una columna eléctrica de escalofríos
nos transcurre en el alma
como si compartiésemos el esfuerzo
de tu mano bolivariana,
tan ágil
en eso de cambiar las montañas
de lugar!

Contrabandista del valor.
HERMANO:
aquí en México,
donde tú ya eres himno,
los «muchachos» de la Revolución
te recuerden villista,
«dorado»,
y tu vida es una lotería de proezas
en la pantalla roja de la nuestra.

Sólo puedo imaginarte
compaginando nombres,
como algún cuadro vanguardista,
hombre-síntesis:

Bolívar y Madero,
y (esto es más que una Flor Natural)
te imagino apóstol
como Emiliano Zapata,
Jesucristo de estos montes
que nos encajó en el espíritu
las catorce letras de su nombre.

Quién te viera en los entreactos de este drama
te creería un paralítico de pié,
(me río de los personajes homéricos
cuando vistes de hombres
el paisaje alazán de Nicaragua!)

Te diría espartano
si no fuese porque aquellos
no ponían la vida sobre un naipe;
sólo tu además
llena el vacío de esta noche
que va sobre un bosque de gritos
en que veinte países
se buscan sin hallarse.

Mi torre
ha recibido la onda sonora de tu arenga,
paladín cazador de bandidos;
has arrancado un coro de aleluyas
del Bravo al Cabo de Hornos
y las manos rasgadas de los hombres
te tienen crucificado de esperanzas
en el pulmón de este horizonte
con los doce alfileres del Zodíaco.

Tengo hambre por saludarte,
super-héroe,
pero se me indigesta la palabra SALVE,
¿quieres darme un abrazo?

Baltasar DROMUNDO

México, D. F.

Mi Mensaje a la Juventud

¡Jóvenes!...

JÓVENES!... ¿No sentís como una penosa sensación de angustia? ¿No escarban, cada vez con más ansia, vuestros ojos, la vaguedad del horizonte, como en una inquieta esperanza de próximos advenimientos? ¿No presentís que algo debe morir y que algo debe nacer?

Si, sentís y presentís todo eso. Vuestras brújulas internas se hallan recién salidas de la divina fábrica; y por eso se inclinan con tal precisión hacia lo porvenir. La juventud es intuitiva, porque en ella no se han cuajado orines que entorpezcan su andar o se interpongan entre el frescor de su alma y el suave alisio del desinterés. La juventud responde a toda noble vibración.

Por eso me dirijo a vosotros.

Vuestros mayores ya no saben oír. Los agujeros que conducían a sus almas fueron ha tiempo obstruidos por la herrumbre. Son conciencias inmovilizadas en conserva de vicios; voluntades que sólo corren por cauces de apetitos; mentes paráliticas que apenas andan cuando van apoyadas en las muletas del prejuicio; sensibilidades en letargo que no reaccionan sino cuando huelga olor de guisos en sus narices embotadas.

Por eso me dirijo a vosotros.

Tal vez pueda aportaros algo que os estimule a la acción, algo que os infunda más ímpetu para romper la tela tenue que apenas os separa de lo que presentís y con tal ansia anheláis.

La evolución haría al cabo, tras mucho despilfarro de tiempo y mucha faena de dolor, lo que vosotros podéis efectuar más brevemente y con menos maceración de lágrimas. Basta que lo queráis. La voluntad transforma toda progresión, de aritmética en geométrica.

Un nuevo mundo está iniciándose para la humanidad. Y otro mundo nuevo, más concreto y de más imperativa indispensabilidad para nosotros, está tocando a nuestras puertas hispano-americanas. Id a abrir,

que ya es tiempo. Sobre todo, no permitáis que vayan los viejos antes que vosotros; porque esos, en vez de abrir las puertas, clavarán los cerrojos. Esa conciencia gastada se aferrará a la vida, y hará por defenderse. Amarradle las manos; y, si es preciso, apuñaladla sin piedad. Para que nazca el día, debe morir la noche. Pensad que vais a construir alba sobre un escombros de tinieblas.

La mía, para con vosotros, es una labor de buena fe. No aborrezco a nadie, ni a nada. Sé que cada hombre y cada cosa da lo que precisamente debe dar, ya que todo es perfecto en relación con el estado en que se halla. Mas, tal como nacen las facultades, han de nacer también los órganos en que ellas van a manifestarse. Así como nuevos problemas interrogan, nuevas soluciones deben responder; así como nuevas edades se avocinan, nuevas orientaciones han de corresponderles. No bu quéis, pues, en mis palabras, alusiones odiosas, ni para pueblos, ni para individuos. Si veis que a veces hiero, es sobre los tumores, con fin de cimentar la vida, aunque haya de conseguirlo sobre la mueca del dolor. Si he de señalaros nuestros defectos genéricos, será con ánimo de hallarles remedio, en este actual instante de desorientación para la humanidad y de especial angustia para nuestros destinos. Imaginaos que por mi boca os habla el vasto espíritu de nuestra Raza, gritándoos a todos sus hijos: «¡Despertad, labradores, que mi huerto necesita del sudor de vuestras frentes! Hay otros huertos que florecen bajo manos fecundas. Mientras ellos me ahogan con el avance de sus altos ramajes, el mío está espirando en la sequía; mis surcos hierven en gusanos, sin promesa de sientes, sin savia ni germinación. ¡Despertad, labradores! Arrancadme la maleza, desterradme la ortiga, heridme con la dolorosa fertilidad del arado, y dadme a beber el agua de la vida!»

Tampoco se encaminan mis propósitos por mis habituales campos de arte. Por hoy, guíame el intento de hacer bien, ayudando a sacudir los letargos. Si mis frases os hacen decir interiormente: «es verdad»,

me sentiré tan halgado como si me hubiérais dado una corona. Y más contento aún, si añadís a vuestro asentimiento un leve esfuerzo de obra que compruebe que no sólo comprendéis las verdades y las proclamáis, sino que también las vivís; que las encarnáis en vosotros y las trocáis en fuerzas motrices de vuestro existir.

El mundo empieza a andar por senda espiritual

La humanidad, que, en su recién pasado ciclo evolutivo había alcanzado su más despresiva inmersión en la materia, empieza ya a ascender por la curva espiritual, en ese perenne quiebro de ondas en que a lo largo de los tiempos marcha el progreso humano.

En los finales del anterior período, hasta lo que llamáis la ciencia, totalmente materializada, no sirvió, en gran manera, sino para sutilizar ese epicureísmo del sentido que se llama *comfort*; o para llegar, de refinamientos en refinamientos, hasta embotar las sensaciones, afligidas de goces, enfermas de tristeza de hartazgos; o para acrecentar el letalismo de odio, proporcionándole medios de agredirse en guerras y hecatombes.

Después de bajar tanto, al punto de ser la angustia y la inquietud la norma psíquica de nuestras civilizaciones, ya estamos, como os digo, comenzando a ascender. Si sentís, o, mejor dicho, presentís la verdad de lo que afirmo, no me será difícil haceros comprender la indispensabilidad de transformarnos de modo que podamos ser peones aptos para ese gran impulso constructivo que adviene, en forma de que logremos hacérselos, los que vayamos por delante, más suave la subida a los que vienen por detrás. Para ello, es preciso *comprender*. Comprender una verdad, ya es colocarse en aptitud de sentirla; y sentir la verdad ya es colocarse en aptitud de ejecutarla. Limpiad los lentes de vuestro mental, de modo que no quede en ellos ni la más leve empañadura de una anterior orientación. Ya que sois jóvenes, esto es, hombres *nuevos*, obrad como tales, como hombres nuevos, como conciencias en que no hay nada escrito. Así, poneos en capacidad de conocer lo que sois y en donde actuáis. Haced con vosotros lo que el campesino con el surco. Quitad las malezas oscurecedoras para que os bañe el sol de la verdad. Con el rayo de sol, vibrarán vuestros gérmenes latentes; y los

gérmenes en vibración serán por fuera más tarde flor y fruto. Rayo de sol: ¡ideal! Germen despierto: ¡corazón! Tallo que brota: ¡amor!

Procuremos comprender; que, después de comprender, sentiremos; y, después de sentir, floreceremos.

El individualismo

Dos han sido las características de mayor relieve en nuestra limitente materialidad: el individualismo como ideal, y el positivismo como norma sensual. Hemos logrado prodigiosos avances en el reino de la forma exterior: hemos descubierto secretos a flor de superficie y sujetado fuerzas naturales; hemos clasificado, contado, medido, pasado, analizado estructuras; hemos desarrollado el raciocinio; hemos ejercitado y hasta sutilizado las potencias de la mente concreta; pero hemos ido, al propio tiempo, perdiendo la visión superior, sepultando el ideal bajo los escombros del apetito insaciado e insaciable, e inmovilizando el péndulo sensible en el reloj del corazón. Durante ese especial estado humano, así debía acontecer. Era preciso obligarnos a conocer una por una las mallas laberínticas de la existencia; enseñarnos a sentirnos vivir. Por ello, a medida que nos íbamos hundiendo en la materialidad, íbamos obteniendo más firmeza en la conciencia de la tierra; pero, por otra parte, íban también interponiéndose más vendas entre los ojos y los cielos. Se fué eclipsando la intuición, para que surgiera diestra la razón. Fué oscureciéndose la conciencia eterna de la espiritualidad, para que más se destacara la temporal conciencia de la personalidad. Fué acallándose la voz de arriba, para que pudieran escuchar abajo los sentidos. Era preciso que el Desterrado de los cielos olvidara su Patria, para que llegara a sentirse ciudadano del Mundo; y para que desde lo oscuro de ese Mundo pudiera descubrir de nuevo, por sí sólo, la senda de lumbres de aquel cielo.

No viendo sino las paredes corpóreas, la conciencia se identificó con su envoltura; y, siendo conciencia, se juzgó sólo cuerpo, tal como la luz de una lámpara, que, por mirarse lámpara, se le olvida que es luz. Nuestro yo individual vió en las formas la vida única, y a esa vida se redujo su acción. Los cinco sentidos fueron entonces como las cinco únicas lenguas por medio de

las cuales probaba la existencia. Por eso, los apetitos y pasiones han sido sus primordiales incentivos para el movimiento, los alimentadores de sus odios, las chispas de sus incendios belicosos y la fuerza atractiva de sus predilecciones. Y allí tenéis el génesis de ese poder separatista que se ha llamado el *individualismo*. Esa conciencia separada pugna por ser cada vez más poderosa dentro de su aislamiento; de donde nace el egoísmo, ese sorbo que atrae ciego a nosotros cuanto nuestros deseos juzgan destinado a saciarlos.

Pues a esos estimulantes de nuestra animalidad se junta, en nuestra etapa material, el más intenso de nuestra humanidad: el de la mente. Sobre la agresiva inocencia de la bestia, se yergue la astucia diabólica del hombre. Porque la mente, que es Luzbel junto a Dios, es Lucifer junto a la carne. Ella, que es a/a para el aire, también es colmillo para el fango. Adherida al instinto, lo envenena, complica las funciones, sesga las trayectorias de la ley, y pone gestos de clandestinidad en el rostro limpio de la naturaleza. Ella, la mente, es la inventora del pecado. Es la malicia sobre la desnudez. Es la hoja de parra sobre la castidad. Es la serpiente enroscada en el Arbol del Bien y del Mal del Paraíso.

Las zarpas sin la mente, matan sólo por aplacar el hambre. Las zarpas con la mente, se disfrazan de cultura y de ciencia; y, transformadas en fusiles, en bombas y en gases asfixiantes, ya no matan únicamente por hambre; ya matan por robar territorios, por usurpar riquezas, por imperar sobre los otros, por adquirir encambramientos sociales; hasta por matar mismo; hasta por gloria; y hasta ¡quién lo creyera! por deporte, por el vano placer de una certera puntería y por el sádico goce de ver caer sangrando un cuerpo herido. Los instintos nacen ciegos, meros estímulos naturales de la acción. Es la mente quien les abre los ojos, quien les malaconseja de placer, quien pone sobre la simple y sana satisfacción del apetito las lentejuelas fascinantes del vicio.

Pero el *individualismo*, necesario como etapa, es nocivo como finalidad. Dentro del mecanismo de un reloj, cada volante debe ser perfecto; mas no por serlo aisladamente, sino para que la perfección de cada pieza perfeccione el mecanismo total. Si cada corpúsculo sanguíneo se fortifica y vitaliza es porque habrá de fortificar y vitalizar el cuerpo en que se desarrolla.

Pieza del reloj social, corpúsculo del cuerpo de la Humanidad: eso es el hombre. La época de su individualismo, de su sorbo centrípeto, de su ideal egoísta, fué la época de su vitalización, de la afirmación de su conciencia en lo externo, de su aprendizaje material de la vida; mas el período siguiente habrá de ser el de la aplicación de su energía singularizada al engranaje de todos los seres en familias, en clases, en naciones, engranados éstos a su vez en la vasta mecánica de la Humanidad.

El Positivismo

La segunda de las características de nuestra etapa racial descendente, es la del *positivismo* atrofiado que se encanija dentro de las limitaciones sensoriales. Prisioneros de la carne oscura, sólo hemos podido columbrar la vida tras las rejas del ojo; sólo hemos palpado la naturaleza con los tentáculos de la epidermis; sólo hemos paladado lo armónico entre la concha auditiva de la oreja; sólo hemos comprendido el sabor por la golosa sensación de la lengua. Hemos sido sensoriales, sin alcanzar a ser sentimentales. Por eso, no hemos hallado sino sales en la lágrima. Por eso, hemos querido identificar la gris materia de nuestro cerebro con el faro divino de nuestro entendimiento; que es como indenticar el fuego con el tronco que le da combustible, o la luz con el vaso de aceite en que se manifiesta.

Dado el encogimiento de nuestro concepto—simple limitación de rayos ópticos,— lo positivo tenía que ser para nosotros únicamente lo que cayera dentro del marco de esa estrechez cognoscitiva: lo que nos apasiguara el hambre, lo que nos proporcionara buena cama, lo que nos asegurara un viaje cómodo. Imaginémonos la Vida como un palacio de cúpula elevada cuyas agujas perforan con su flecha el azul; con regias saias en donde mora la belleza; con santuarios en donde reza en melodía el órgano y es el incienso como aliento aromático de la Divinidad; con cátedras para la mente; con nidos de orgullos para el corazón. Pero bajo ese palacio de milagro se esconde el sótano viscoso donde se apilan sacos para la pitanza y se almean barricadas para la embriaguez. Esa es la despensa del castillo, el piso bajo, estómecal, del edificio. Pues bien, nosotros hemos sido únicamente inquilinos de la despensa de la Vida. Y, por eso, todos

nuestros actos han sido solamente actos de dispenseros. Único ideal: el *comfort*; único aspirante: el estómago; único campo de labor: la materia; único heroísmo: la fuerza. De modo, pues, que no podíamos llamar *positivo* sino a lo que fuera capaz de suministrarnos sustancia masticable, a lo que nos ofreciera ocasiones del placer, a lo que nos condujera a las plumas de pavo de la posición, a lo que pusiera en nuestras manos un bastón de mando, a lo que nos proporcionara en la moneda el pasaporte seguro para el bienestar. Fuera de las cosas táctiles y epidérmicas, el resto no había de ser para nosotros sino puro idealismo: vocablo que subrayábamos entre los labios con un mohín de mofa sabia. Idealismo: manjar bobo, como para poetas misérrimos o para místicos degenerados.

Ese positivismo limitado ha ido escrudinando los poros de la epidermis de la Naturaleza; pero no ha conseguido conectarse con el corazón de la Naturaleza. Enredado en la forma, no ha podido llegar al santuario de la Vida. Por eso, su ciencia, por muchos que hayan sido sus aportes dentro del fenomenismo, no ha conseguido ser algo más que mero análisis descompactado, sin siquiera acercarse a la órbita sintética de la Unidad. Esa ciencia, no obstante su soberbia plebeya y su finchado almacenaje de datos, nada alcanzó a saber de eso que Goethe llamaba *el misterio manifiesto* y Fichte *la divina ideación del Universo*: eso que vibra como un alma bajo la espuma superficial de la apariencia.

He ahí lo que ha sido para nosotros el concepto de *lo positivo*. Caso de miopía mental. Porque si lo positivo es lo real, a medida que vayamos conociendo más amplias realidades, el radio de lo positivo habrá de irse ensanchando en la misma proporción. Cuando el vientre reclama su porción, lo positivo está en el grano; cuando la pasión ruje de sed, lo positivo se halla en el licor que ha de saciarla; cuando la mente pide luz, lo positivo se remonta a la idea; cuando el sentir aspira a la ternura, lo positivo se halla en el amor; y cuando el ser interno siente la ansiedad del Ideal, lo positivo ensancha la esfera de su comprensión, por el radio de la intuición celeste, o por el abnegado de la santidad, o por el inefable de la melodía. A cada necesidad real que en nosotros se despierte, habrá de corresponder un nuevo aparato íntimo de percepción y de satisfacción; y se habrá levantado, por lo

tanto, otro peldaño más en la escala de lo positivo.

Nuestro próximo amanecer espiritual

Ya hoy va comenzado a amanecer en el alma de la Humanidad. Tras la noche de la materialidad y del individualismo, empieza ya a clarear el día cíclico de la espiritualidad y del altruismo. Dijérase que se siente como un trinar de pájaros entre lo oscuro. Aun está espesa de tinieblas la noche; pero ya empiezan a caer rosas de alba en la espesura de esa noche. Se adivina en el ambiente como la cercanía de una primavera. La ciencia busca, presintiendo que hay algo y que ese algo se halla fuera de sus alambiques. Los filósofos echan puñados de semillas sobre los surcos de los pueblos; y los pueblos levantan las cabezas para ver cómo ruedan los troncos carcomidos y cómo se van resquebrajando las doctrinas caducas. Como la bestia olfatea el vendaval, las conciencias ventean en lo desconocido, presintiendo la proximidad de la reforma. Las enormes catástrofes hacen de arados gigantes rompiendo a filo de dolor las petrificaciones del espíritu. La guerra pasa sobre su bestia apocalíptica hundiéndose en las olas de la sangre sus cascos incendiarios; los terremotos crujen; las pestes enseñan sus dientes amarillos; el espacio abre los poros de la emoción del Mundo; y el Mundo, dilatados los ojos en un oteo de esperanzas, empuñase sobre el montón de ruinas, escarbando horizontes, en espera de ese *algo* que lo debe salvar.

¡Es nuestra hora!

Ya es tiempo, pues, de conectar. Tal es la nueva ley, la que va a dar característica a la Nueva Humanidad que está próxima: *Conectar, Consolidar, Edificar*.

Constituido el ser individual, hay que adecuarlo a la constitución del ser social. No basta con ser un buen ladrillo, o una viga fuerte o un adobe sólido. Que cada ladrillo y cada viga y cada adobe humanos se junten en la unidad armónica del templo social. Las arenas se consolidan en la piedra, las piedras en la roca, las rocas en el astro, los astros en el sistema planetario, y los sistemas planetarios en la Uni-

dad de la Creación. Hay que seguir las huellas que la Naturaleza nos señala. La sabiduría estriba en la lectura de ese gran libro abierto, y el deber en ajustar los actos a las enseñanzas de sus páginas.

[Hombres! Ya no debéis seguir las raquíticas reglas de vuestros intereses. Pensad que sois átomos que váis a fabricar un órgano; que sois órganos que váis a construir un sistema; que sois sistemas que váis a construir un ser humano, que váis después a compactaros en nación, en raza, en Mundo. Sabed que tras el hombre individual, ha de surgir en breve el hombre fraterno; y que la línea del colectivismo es la más recta que se tiende entre vosotros y la moralidad.

Desarrollado en nosotros el instinto de la compasión; convertido el altruismo, de simple espectación mental, en fuerza motriz de nuestro sér, ya tendremos el hilo de Ariadna que nos guíe por el oscuro laberinto en busca del deber: *el bien de todos, antes que el propio bien*. Las variedades construyendo unidades. Esa ha de ser la moral nuestra, porque esa es la moral de la Naturaleza. Después de fortalecer el amor propio, hay que ascender al de la familia; luego, al de patria; en seguida, al de raza; para alcanzar más tarde el de la humanidad. Y aun queda más arriba, como pináculo de amor, el franciscano, aquel que siente en sí la vibración simpática de todo cuanto existe; que es savia en el árbol, frescura en la corriente, fulgor en el celaje; que ríe con la aurora, que reza en la tarde, y que hasta se deslíe en pensar en el pecado de las yerbas letales, de esas que sufren con el dolor de ser veneno.

Hay que construir patria

Mas, hoy por hoy, nuestro colectivismo constructor debe circunscribirse únicamente a la Patria. Nuestro *estado actual* no nos permite más.

Y aquí cabe la especial indispensabilidad de despertar a los pueblos hispano-americanos. Sobre las condiciones generales del mundo están las amenazas particulares que pesan sobre nuestras nacionalidades fragmentadas y anárquicas.

Hay que hacerles saber que el enemigo está a las puertas hacheando artero nuestros embotamientos; que es necesario levanta-

rnos de la yáciga concupiscente, ferruginarnos de virtud, consolidarnos en conciencia cívica; porque nuestros innúmeros defectos son las puertas podridas que dan fácil acceso a las piraterías extranjeras.

En la obra de nuestra servidumbre, nosotros mismos estamos convirtiéndonos en los más eficaces colaboradores. El hambre rubia se complementa con el vicio moreno.

Nosotros somos muchos, pero desconectados. Nosotros poseemos la mente, pero contaminada. Nosotros concebimos, pero no ejecutamos. Nosotros tenemos el valor, pero es para matarnos entre nosotros mismos. Nosotros ostentamos la palabra, pero nos falta el hecho. Tartarin vive cazando leones en nuestra verba de Braganzas. Nos mantenemos mascullando el pasado, sin enterarnos del presente, ni columbrar el porvenir, alimentándonos de glorias históricas, en un orgullo de museo, como rumiantes del recuerdo en una falsa digestión de sombras.

Y todo eso lo saben bien nuestros hacendados. Y basan el cálculo de sus provechos en la aritmética de nuestra degradación.

Otro factor de éxito para los que comercian con nuestros intestinos y nuestra dignidad, se halla en el fraccionamiento, más que político, espiritual, de los países que se dicen hermanos. Cuando vemos que el lobo carga con una oveja del rebaño, trompeteamos protestas a los cuatro vientos. Empeñamos la palabra y le hacemos la rueda al heroísmo, líricamente numantinos. Pero en seguida, satisfechos de nuestra actitud, tornamos a reclinar la cabeza, para seguir durmiendo, en espera de que retorne el lobo por una presa más.

De nada sirve protestar. Lo que hay que hacer es trocar esos políticos gastados que manipulan bajezas en las curules del Gobierno, por hombres de verdad, conscientes del ideal de sus pueblos, previsores y no títeres, con sangre en las arterias, desprendimiento en la intención y amor de patria y de raza en las entrañas. Lo que hay que hacer es suprimir el boquete de nuestras incurias, y cambiar nuestras podridas tablas por puertas de roble, cerraduras de bronce y jambas de granito. Lo que hay que hacer es transformar la conciencia de la juventud, de modo que en vez de contemplar el pasado coloque su presente con

El Remolino

Mi vida finge suave placidez de remanso;
bajo sus quietas aguas, el remolino está
girando sin descanso
pero nadie el secreto de sus hondas verá.

Nadie bajo mi risa frívola y casquivana
descubre la tragedia que hay en mi corazón:
este renunciamiento total hacia un mañana
que ya no me reserva ni una sola ilusión....

Todas mis ansiedades las apagué lo mismo
que un incendio voraz
y de pie junto al borde trágico del abismo,
hundí en la negra sima mi esperanza fugaz....

Bajo mis quietas aguas se agita el remolino,
pero nadie lo ve
y a veces me pregunto si mi absurdo destino,
yo con mis propias manos, cobardé lo labré....!

Rosario SANORES

La Habana

vistas hacia lo porvenir. Lo que hay que hacer es poner fuerzas en nuestros músculos internos, en vez de ir a impetrar del extranjero puñales para partir los pechos de nuestros hermanos. Porque es preciso que sepamos que en el auxilio de los poderosos, como el áspid entre las flores de una cesta, viene siempre escondida la argolla de la esclavitud.

Nuestra labor es construir patria; y, para construirla, deslindar lo que ella de veras significa. Mucho la nombramos; pero muy poco la sentimos. Mucho nos decimos patriotas, pero muy poco comprendemos lo que es en verdad el patriotismo. Sabemos lo que es el hogar; lo sentimos como si fuera parte inseparable de nuestro propio ser, pero muy raros son los que sienten la Patria

de tal modo. Por hoy, el patriotismo reduce a cierta hinchada vanidad que nos induce a proclamar la tierra en que nacimos como un perfecto dechado de excelencias. Y el patriotismo es precisamente todo lo contrario: es el examen desapasionado del cual ha de surgir la cualidad, para fortalecerla, o el defecto, para atenuarlo o suprimirlo. Llaga descubierta es llaga en curación. Médico que adulara al enfermo declarándolo sano, más que médico sería farsante. Querir a la Patria no es proclamarla grande, sino procurarla grande.

(Continuará)

Santiago ARGÜELLO

México, D. F.

Canto al Chimborazo

Especial para "América"

Montaña:

Cimborio de platino
 Campanario de los huracanes
 Te orillamos de crepúsculo en las tardes
 Te incendias con fogatas de estrellas en las noches
 Campo de aterrizaje para cóndores
 Abanderado de nuestra América,
 que llevas en el pecho como una medalla
 la huella dorada del pie de Bolívar.
 Carpa más alta del vivac de los Andes
 donde acampó la raza del indio.
 Cubierto con el manto de piel de oso del polo
 y con el iris curvado hacia atrás
 me recuerdas la gloria de tus caciques bravos.

Montaña:

Paracaídas de nuestros panoramas;
 en las cuerdas sonoras de tus ríos
 te pasas la vida cantando paisajes.

Montaña:

El Trópico es un cinturón de sol
 que sostiene la falda de raso de la tierra
 y tú eres la hevilla.
 En tu cima—TA HUAN TIN SUYO—
 gira la giralda de la rosa náutica.

Montaña:

Ovillo del que se desovilla la vía láctea
 Caravela de tres velas
 en el oleaje crespado de los horizontes;
 sobre tu popa
 iremos cantando nuestra canción autóctona
 Parábola de la altura,
 mi alma disparada por tí
 ha hecho blanco en el Sol

Montaña:

tu copa
 en las manos de América
 es una copa de champaña.

Miguel Angel LEON

Riobamba, Ecuador

Epistolario sentimental

ESTA tarde cuando salí a la calle, después de un copioso aguacero, mis ojos toparon con muchas matas de flamboyán; todas estaban florecidas. Por entre la ligera neblina que la lluvia dejara, un rayo pálido de sol asomaba tímidamente.

El aire hacía ondular los encajes blancos de mi falda estremeciendo las bridas de mi pámela rosa. Asomada a la ventanilla del tranvía, que bordeaba la loma de la Universidad, cerré los ojos un instante frente a los flamboyanes ardientes como una llamarada que en ese lugar extienden sus ramas encendidas.

En todo tiempo he amado esta flor que ostenta mi color favorito. Recuerdo que cuando era niña, gustaba tenderme bajo su sombra mientras las flores desprendiéndose lentamente, iban cayendo sobre mi cuerpo, envolviéndome como una túnica de llamas.

Más tarde el amor llamó a mi puerta y yo enloquecida y ebria, di mi corazón en ofrenda. En el dulce silencio de un parque solitario, dialogamos tú y yo, cubiertos por la sombra roja de los flamboyanes. A nuestro alrededor, las pequeñas hojitas desprendidas, formaban alfombras de raras combinaciones con sus minúsculas manchitas de oro brillante.

El Flamboyán — me dijiste una vez — es el símbolo del matrimonio. Amada mía! En la primavera, todo son flores; en el otoño, todo son hojas.

En la primavera todo son flores. ¿Pero es que el amor, suele durar más de una primavera? El amor es frágil, el amor es ligero, el amor como la ilusión, tiene brevedad de suspiro, porque el amor es hecho de deseos, y el deseo una vez realizado, muere.

¿Conoces la curiosa historia de las efímeras? Su vida dura apenas unas horas. Nacen una mañana y mueren al llegar la tarde, una vez realizada la gran función de la Naturaleza. Pues bien: El deseo es como las efímeras. . .

Yo pensé en tí esta tarde, bajo la cortina ligera de la niebla. Hoy, que estamos tan lejos, que tu vida y mi vida son como dos riberas opuestas, la llama roja de los flamboyanes tuvo la virtud de despertar en mí los recuerdos dormidos del pasado.

Cuando nos despedimos la última vez en el silencio del parque solitario, las ramas estaban cubiertas de hojas verdes, y sus largas vainas oscuras, pendían como brazos inmóviles sobre el césped mullido.

Se fué el invierno. Llegó la primavera. Las vainas oscuras se rasgaron y de su seno, brotaron las pequeñas flores con su tímida corola salpicada de manchitas de oro brillante.

Hoy el estío con su sol de fuego ha terminado la obra. Los flamboyanes como incendios de púrpura decoran los parques poniendo en ellos su nota de color y armonía. Yo evoco los cerezos rosados del Japón bajo cuya sombra perfumada, tañen las gheishas su bandolín sonoro.

Cuando llegue la primavera próxima y las lluvias abran de nuevo las corolas rojas de mi árbol favorito ¿qué nuevos ensueños tejerán su red invulnerable en el misterio de mi espíritu.?

Rosario SANORES

La Habana, 1928

Por Doña Manuelita Sáenz

EN la dificultad de ocuparse libremente de la vida política del país, que tanto necesita de auscultar su propio corazón, voy a ocuparme de la vida íntima del prójimo. De la vida y milagros de doña Manuelita Sáenz. Si todos han puesto su atención en el Libertador, y en la manera de contribuir a la erección de un monumento en Quito; es preciso que alguien atienda a la Libertadora. Y no es una cuestión de simple galantería, sino el cumplimento de un deber que intenta la defensa de una honra, caballerosamente.

El caso es que el joven peruano señor Jorge Bailey Lembcke, ha publicado un fragmento de las memorias que escribió en París Mr. Juan Bautista Boussingault, sabio francés, íntimo de Humbolt y Coronel del Estado Mayor de Bolívar. Se afirma que dichas memorias no estaban escritas para la publicidad, pero el susodicho joven peruano, que ha obtenido del historiógrafo colombiano, doctor Eduardo Posada, una copia de la traducción francesa de dichas memorias, las publica, con igual comedimiento, dice, que el que tuvo Cornelio Hispano al divulgar el Diario de Bucaramanga de Perú de Lacroix, que tan mal parados deja a muchos de los próceres de la Independencia.

Sin embargo el señor Bailey Lembcke es poco gentil en esta exhumación que se refiere singularmente a una dama quiteña, porque al herir en lo íntimo a doña Manuelita Sáenz, no ha utilizado también el documento conocido por don Eduardo Posada, en el que la misma heroína supo defenderse con ese su temperamento desenfadado, que le ocasionó juicios acervos sobre su vida íntima. El señor Bailey Lembcke acepta sin reservas cuanto afirma Boussingault, haciéndose eco de las hablillas de su tiempo.

No me propongo, pues, excusar de sus trapicheos a doña Manuelita, sino completar la información peruano-colombiana, con la publicación de la defensa de la propia amiga del Libertador, a la que el odio de la época quiso confundir con Mesalina, cuando la verdad es que, si fue una mujer galante, no fue una mujer vulgar, sino un espíritu superior, heroico, que infundió de-

seo y respeto. Garibaldi dice en sus memorias: «Doña Manuelita Sáenz era la más graciosa y gentil matrona que yo hubiera visto hasta ahora; habiendo sido amiga de Bolívar, conocía las circunstancias más minuciosas de la vida del Gran Libertador de la América Meridional». En Bogotá, cuando la llegada del tranvía a la carrera primera, y con motivo de una reunión en la Quinta de Bolívar, se propuso la erección de un busto de doña Manuelita Sáenz en aquel lugar. Lo testifica el mismo doctor Eduardo Posada. Y a Mesalina nadie se propuso rendirle en Roma esos honores, dignos de la mujer que en Ayacucho se arrojó lanza en ristre a la pelea y en Bogotá, puso su pecho como un escudo ante los puñales ahilados para asesinar a Bolívar.

Y el mismo Boussingault que recoge candidamente cuanto se dijo en su tiempo, en contra de la amiga del hombre que llegó a suscitar tanta admiración como odio, describe así a la señora Sáenz: «Manuelita no demostraba su edad. Cuando la conocí parecía tener 29 o 30 años; estaba entonces en todo el esplendor de su hermosura irregular; hermosa mujer, de ligera gordura, ojos pardos, mirada indecisa, tinte moreno lechoso, cabellos negros. En cuanto a su apostura, nada más incomprendible; era tan pronto una gran dama, tan pronto una «ñapang» (ñapanga?); baila con igual éxito el minuet y la cachucha. — No ofrecía ningún interés cuando salía de sus floreos galantes; con la inclinación a la burla, pero sin ingenio. Ceceaba ligeramente con intención, como suelen hacerlo las damas del Ecuador. Poseía un encanto secreto para hacerse adorar... » «De bravura militar había dado más de una prueba: ella asistió lanza en mano, y no sé cómo, con el General Sucre, al último combate que tuvo lugar entre americanos y españoles, en la batalla de Ayacucho; ella recogió como trofeos unos soberbios bigotes con los cuales se hizo hacer postizos. Manuelita estaba dotada de gran valor y poseía una serenidad, una sangre fría asombrosa, en las circunstancias más peligrosas».

Y su mayor y más peligrosa prueba la tuvo la noche aquella de la conjuración para asesinar a Bolívar en su residencia de Bogotá.

A los golpes furiosos de los asaltantes en las puertas de las habitaciones de Bolívar, y por ruidos anteriormente observados en los pasillos del Palacio, comprendió doña Manuelita que se trataba de la sospechada conspiración contra el Libertador al que obligó a escapar por una ventana.

Después, abrió valientemente la puerta:

—«¿Qué quieren ustedes?», les dijo con gran calma.

—«A Bolívar».

—«El no está aquí». Lo buscaron en vano.

—«¿Pero dónde está el General?»

—«Está acostado».

—«Conducidos a donde está».

—«Sí, pero con una condición: que ustedes no lo matarán».

—«Lo prometemos».

—«Entonces, siganme».

Y doña Manuelita, de ante de esos hombres furiosos, que acababan de degollar a la guardia, y armados de sus puñales ensangrentados, les conducía serena. En la tragedia su belleza tenía irradiaciones heroicas. Les condejo de un departamento a otro, les hizo subir y bajar distintas escaleras de la casa, y al fin volvió al punto de partida. Entonces les dijo: «He empleado esta estrategia para ganar tiempo. Ahora Bolívar está fuera del palacio». Y cruzando los brazos sobre el pecho, agregó: «Le hice escapar por esa ventana. Ahora, matadme».

«La derribaron, dice Boussingault, la maltrataron; uno de los conspiradores le golpeó la cabeza con sus botas; diez puñales le amenazaron, pero ella no cesaba de gritarles: «Pero mátenme, pues, cobardes, maten a una mujer». Durante largo tiempo se veía en la frente de Manuelita la huella del golpe que le habían dado».

¡Qué episodio tan grandioso, de reminiscencia de una heroína antigua, digno de ser immortalizado por el pincel de los más afamados artistas quiteños!

Boussingault al recoger las especies callejeras de esa época, no reparó en que si Bolívar dictador era comparado a un César, a su amiga predilecta había de imputársele también las degeneraciones mesalínicas. Y para afianzar la veracidad de dichos grotescos, cuenta dos episodios de su propia cosecha.

Paseaba un día a caballo doña Manuelita, cuando en las calles de Bogotá tropieza con un soldado que conducía en lo alto de su rifle un sobre cerrado con el santo y seña del día. La amazona intrépida aguija el caballo, arranca el santo y seña y huye. El soldado dispara contra la atrevida, pero luego regresa ésta, devuelve el botín, y prosigue el paseo en alegre carcajada. Boussingault se santigua de esta locura.

Otro día, Mr. Boussingault, acude a la residencia de doña Manuelita, en demanda de una carta de recomendación que le había ofrecido para sus parientes de Quito. Al informar al sabio viajero de las bellezas de su tierra natal, le pondera la finura y perfección de los bordados que ejecutan en la ropa blanca sus paisanitas. Y como una muestra de esos bordados: «Mire, le dice, al francés, mire usted estas filigranas», y levantándose la falda le enseña el filo de una alba camisa de exquisita manufactura quiteña. El sabio se extasia. —«Pero si están hechas a torno», afirma, refiriéndose a las piernas de doña Manuelita. Y ella ríe de la confusión del guingo, al retirar de la escena el espectáculo que deslumbró a su interlocutor.

Para un sabio esta es una prueba que autentica las liviandades imputadas a la amiga del Libertador. ¡Qué diría Boussingault si pudiese observar hoy sin mayor interés, en las calles de todas las ciudades, las orillas bordadas de las camisas juveniles, en la publicidad de las piernas no siempre bien torneadas!... Naturalmente para la época en que era una ganga ver algo más arriba del tobillo, la desenvoltura de Manuelita era pecaminosa, y digna de apuntarla en las memorias secretas del libro de la sabiduría. Pero todo se resuelve al fin, en el criterio de los tiempos acerca de las modas, dentro de la moral eternamente convencional. El pecado no estuvo en las piernas admirables de la heroína, sino en el espíritu antojadizo de Mr. Boussingault.

Y no se necesita gran esfuerzo para comprender que las imputaciones mesalínicas a la preferida del César, corresponde a las hiperboles del odio y al veneno de la calumnia que persigue a los políticos en sus actos más pueriles. Lo cierto es que doña Manuelita fue respetada y apreciada en su tiempo, y cuantos escritores se han ocupado de su pecado de amor, la han tratado con indulgencia.

Boussingault, no embargante su sabiduría, resulta tan crédulo en intrigas femeninas,

que no tiene empacho en afirmar en las mismas memorias que inculpan a la señora Sáenz, lo siguiente: «Las damas de Lima corrompían a los oficiales libertadores» ¿Ha reparado en esta barbaridad el señor don Jorge Bailey Lembck? Pues ahora se dará cuenta por qué teniendo en sus manos la traducción de Boussingault, no hizo con su nombre la reproducción el historiógrafo colombiano señor Posada.

Pues, bien, cuanto se dijo en contra suya, lo supo en su tiempo la propia señora Sáenz, y cansada de alimentar tanta calumnia con su silencio, se resolvió a defenderse. Este documento también lo conoció el señor doctor Eduardo Posada. Quizá en el Ecuador no es conocido. Hélo aquí:

Al público.—El respeto debido a la opinión de los hombres me obliga a dar este paso, cuando debo satisfacer al público, mi silencio sería criminal. Poderosos motivos tengo para creer que la parte sensata del pueblo de Bogotá no me acusa, y bajo este principio contesto, no para calmar ajenas pasiones, ni para desahogar yo las mías, pero sí para someterme a las leyes, únicos jueces competentes de quien no ha cometido más que imprudencias, por haber sido un millón de veces a ellas provocada. Ninguna mano leve me ha ofendido, ésta no es infame: quien me ofende ni tiene la firmeza bastante para dejarse conocer, y menos perseguirme lealmente; esto me vindica; pues todos saben que yo he sido insultada, calumniada, atacada.—Confieso que no soy tolerante; pero añado al mismo tiempo, que he sido demasiado sufrida. Pueden calificar de crimen mi exaltación; pueden vituperarme; sacien, pues, su sed; mas no han conseguido desesperarme; mi quietud descansa en la tranquilidad de mi conciencia, y no en la malignidad de mis enemigos, en la de los enemigos de S. E. el Libertador; si aún habiéndose alejado este señor de los negocios públicos, no ha bastado para saciar la cólera de éstos, y me han colocado por blanco, yo les digo que todo pueden hacer, pueden disponer alevosamente de mi existencia, menos hacerme retrogradar, ni una línea en el respeto, la amistad y gratitud al General Bolívar; y los que suponen ser esto un delito no hacen sino demostrar la

pobreza de su alma, y yo la firmeza de mi genio, protestando que jamás me harán vacilar ni temer. El odio y la venganza no son las armas con que yo combato; antes sí, desafío al público de todos los lugares donde he existido a que digan si he cometido alguna baja; por el contrario, he hecho todo el bien que ha estado a mi alcance.—Lo que sí me sorprende es que se ataque al Vicepresidente de la República, al virtuoso General Domingo Caicedo. Su Excelencia no ha hecho otra cosa que, deponiendo su carácter como magistrado, evitar como hombre humano y prudente cualquiera clase de desórdenes, bien sea por la parte que me provocaron, o bien por la mía: este paso hace más revelante su dignidad, sus virtudes y carácter público.

—El autor de la «Aurora» debe saber que la imprenta libre no es para personalidades, y que el abuso con que se escribe cede más bien en desdoro del país que en injuria de las personas a quien se ataca; con estas palabras contesto. El me ha vituperado del modo más bajo, yo le perdono; pero sí le hago una pequeña observación: ¿Por qué llama peruanos a los del Sur, y a mí forastera? Seré todo lo que quiera; lo que sé es que mi país es el Continente de la América; he nacido bajo la línea del Ecuador.—Bogotá, 20 de junio de 1830.—*Manuela Sáenz.*—Imprenta de Andrés Rodericks.

La defensa de doña Manuelita Sáenz,—que se la siente de su puño y letra—no tuvo réplica. Su valor la había puesto en esta vez frente a sus enemigos, como antes la colocó contra los del Libertador, al que afirma guardó su respeto, su amistad y gratitud, en términos en que el sacrificio de su vida, sólo significaba una inmolación de amor.

Así es como la historia habrá de admirar definitivamente, como ya lo ha hecho, a la predilecta del Libertador. Y el busto que se ha proyectado en Bogotá, no lo dudéis, no se lo negará Quito, de cuya ciudadanía se manifestó siempre orgullosa.

Pío JARAMILLO ALVARADO

Quito, Ecuador

Nuevos Poemas

RECUERDO

Fue tu presencia
un effluvio de auroras
que el lente de mi espíritu
lo concentró en un punto
de fuego:
punto de fuego
que cayó como un sol
en mi noche aterida.

¿Quién inventó la farsa del olvido?

Cuando en nuestro interior—
—piélago inmensurable—
de extraños combustibles—
cae el fósforo del recuerdo,
hay un incendio
aterrante y perenne....

Recuerdo:
Tu grito es la partícula
de un alma que arde
p'r juntarse a la mía.

PRIMAVERA

Un torrente de luminares
ha incendiado mi cuerpo....

Y mi sangre es una pira gigante
cuyas llamas—rubies melodiosos—
se engastan en el oro moreno de la tierra.
Mi corazón es un astro sin órbita
que otea el paraíso azul
del Sentimiento.
Las flautas encantadas de mis venas
esparcen las divinas
alondras de los ritmos.
Y por el horizonte diáfano de mi espíritu
pasa la eternidad
de Dios
en la antorcha sinfónica
del día.

Alfredo MARTINEZ

Quito, Ecuador

Poetas de nuestra América

DEMETRIO KORSI

EN la lírica selva de la poesía de América—manido, pero exacto es el símil—en la que resuena con acentos inmortales la pánica siringa subeniana, hay una alta palmera panameña cuyo verde penacho se desmelana en el azul cerúleo con las gallardías del airón de un yelmo.

Tiene esta magnífica palmera todas las excelencias de su estirpe: se arraiga muy hondo en el suelo tropical; y, luego, «*élan-cé*», erguida, como una afirmación triunfante, va a beber azul en lo alto, en donde despliega sus abanicos de espadas verdes y vibrátiles. Una savia nueva alimenta esta palmera que respira una juventud eterna. Hay en ella una aristocracia refinada y un indianismo muy nuestro, al mismo tiempo. Se difía un reflejo del alma plétórica y estremecida de nuestra América.

Imposible; y, luego (para qué?, quitarme de los ojos de la fantasía la imagen. Yo me represento la poesía de Demetrio Korsi, en la armoniosa selva de nuestra poesía, como una alta palmera panameña.

Muy de su patria, muy de nuestra patria indoespañola, que es una sola, pese a todas las aberraciones políticas, este poeta de nombre exótico que parece un pseudónimo, tiene la abundancia vernácula del suelo natal y todos los refinamientos de esta Europa en que vive. Multicorde y amplio, interpreta todo, paisajes del mundo externo y estados de alma del mundo interno; más bien dicho, estados de alma de la naturaleza, ya que el poder creador llega a espiritualizar estéticamente la materia, realizando la bella definición del paisaje como un estado de alma. Y paisajes del alma por la plástica con que modela, el colorido con que pinta, la luz que irradian las imágenes felices en las que se da forma corpórea a lo más espiritualizado y sutil.

Tiene Demetrio Korsi tan desbordante y multiforme personalidad que no es posible encasillarle en ninguna de las casillas en que Doña Crítica, consumada entomóloga, va clavando con alfileres oxidados, a las divinas mariposas de la inspiración.

Este poeta cálido y luminoso, del cual el insigne Manuel Ugarte dice que «tiene sonoridades de huracán, y remolinos torrenciales, como las selvas, las montañas y los ríos del Continente indómito», no es, sin embargo, ni mucho menos, uno de tantos casos de tropicalismo tan frecuentes en nuestra literatura vernácula, invadida de viciosos herbazales de palabrería, de exageración, de vaciedad y de ruido. No. A pesar de su exuberancia, tiene un sentido de la medida que elegatiza su gesto poniendo un halo de serenidad en su frente.

Y, a veces, llega a dar notas altísimas.

Esto lo podríamos comprobar con multitud de composiciones ejemplares; pero no queremos hacer de esta leve nota impresionista un farrago de citas.

De entre tantos poemas emotivos, tomaremos sólo uno, que nos ha impresionado hasta hacernos estremecer. Todos, aun los que estemos en plena juventud y tenemos la caballera negra como la tinta negra, sin faltarnos ni un pelo, no dejamos de sentir el horror a envejecer. Es algo espantoso ¿verdad? Ante la desolación helada de los años, retroceden pavidos los más grandes y fuertes espíritus. Dicen que el gran Ingeniero se suicidó el día en que cumplió cincuenta años, y por ninguna otra causa que por la de haberlos cumplido. Hizo bien. Muchos poetas han expresado admirablemente ese terror. Pero dudo que alguno lo haya hecho de la manera admirable realizada por Korsi. Y eso que se trata de un sentimiento que él no puede todavía sentir muy hondamente, ya que es un bravo muchacho de veinticinco años. Al que traza estas líneas, que tiene diez años más; pero que, por fortuna, no llega todavía a la cuarentena elegiada por Julio Dantas, le hizo llorar esa composición de Korsi, que resuena con sonos elegíacos en «*El Palacio del Sol*», libro ardiente, verdadero palacio igneo de rutilas estancias. Esta poesía impresionante se intitula *Par*. Hay en ella una emoción tan pungente, un ritmo tan acordado de fondo y de forma que cautivan.

Credo

Yo creo en el misterio de las encarnaciones,
de tu luz en mi sombra, de tu carne en los lirios,
de tus blancos ensueños en blancas floraciones,
de tus manos votivas, en los pálidos cirios.

Creo en ti rosa mística que surgiste en la nieve
blanca de mis rosales, al conuvinio imprevisto
de unos rayos de luna, hechos curicia leve,
sobre el azul dormido de los ojos de Cristo.

Creo en tí y en el reino de tus cielos benditos,
donde en vez del incienso de los sagrados ritos
se consumen estrellas para tu adoración.

Y creo que al ensalmo de tus manos votivas,
encarnarán de nuevo mis cenizas cautivas,
en el tercero día de mi crucifixión.

Alberto DELGADO D.

Perú

Allí el ímpetu juvenil y el pavor ante la laxitud decadente; el rojo y el gris, el «allegro» y el «scherzo», abril y noviembre, la noche y el día, la luna y el sol! Y remata con una estopenda imagen. Fácil nos sería subrayar las notas más altas. Mas esta romanza de amor a la vida es breve, y preferimos transcribirla íntegra para que se adentre en el alma de los lectores que no hayan penetrado en este «Palacio del Sol», que acaban de alzar ante nuestro mundo de lengua española las prensas de París. Exclama así ese vehemente y apasionado, ese magnífico canto de juventud:

«No quiero que la muerte venga cuando las canas coronen mi cabeza...! La amo en estas vanas horas, que siento pleno de amor mi fuerte pecho. No quiero anciano verme, tránsito del despecho que causa estar privado de rima y plátano y angustiada en la pena de ver que las mujeres ofrecen su respeto, y su hombre y su cariño al tembloroso viejo, como si fuera un niño....»

¡Oh, juventud! ¡Oh, impulso magnífico y profundo, mi corazón se siente como el latir de un mundo! Después de tu alba augusta, después de la estopenda luz que en mi frente vieres, mejor alzar la tienda

y hundirse en la ignorada del cementerio yetta, como el errante cáñida se fuga hacia el desierto, que estar año tras año sintiendo que en el alma cayendo va un capóscolo, tal en un cielo en calma se apaga un sol de otoño, triste y paldamente... (Que caiga el fiero rayo que ha de abateir mi frente cuando aun es negra toda mi horafia cabellera, cuando en los cantos míos hay una primavera, cuando a mi rudo paso la tierra se estremeca, cuando en mis labios siento fiebre de amor que croce, y crece, en esas noches de orgias delirantes, entre un trópel de lerdos y un coro de bacantes!

¡Oh, juventud, te adoro, te adoro!... Tuyo ha sido, tuyo será... Prefiero yacer en fondo olvido que oír como rechinas mi trémulo esqueleto, bajo el saltante bota del cuerpo de mi nieto!»

En la lírica selva de nuestra poesía, se yergue gallarda una alta palmera panameña!...

César E. ARROYO

Marsella, 1927

Poemas de la ausencia

Por el caminito de tu casa

LA tarde, con refinada coquetería, se ha echado encima todas sus galas, extendiéndolas por las lomas y cimas que rodean la ciudad. Hay colores y tintes nunca cogidos por el pincel humano. ¡Tarde de Quito, diáfana y bella, romántica y sensual, radiante y casquivana como una mujer! Serena y alegre, melancólica y trágica a la vez, en la imparable transformación de sus cendales!

Por el caminito de tu casa voy subiendo a la incaica colina, asiento otrora del templo de Diana en el culto de los hijos del sol, cuyo monte sagrado se yergue al frente, como la cabeza de la desperezada urbe.

Ciudad, hogar bendito de mis ensueños! La miro a mis pies, recostada indolentemente en las faldas de las cordilleras, entregándose sumisa y enamorada a su dueño el coloso desgastado y dormido, que hasta en su letargo vela por el albo honor de su adorada con celos de tragedia, presto a matarla antes que verla de otro...

La miro con ansia, con angustia, temiendo que mis ojos no copien fielmente todos sus rasgos y contornos, su noble perfil de matrona; su sonrisa vesperal de madre hermosa y venerable como ninguna; angusta y patricia en el vía crucis de sus dolores por la libertad; magnánima y generosa en la apoteosis de sus victorias!

A ella y a tí fui a ver, por vez postrera, por el humilde caminito de tu casa. A ella y a tí quisiera meteros dentro del corazón para siempre complacerme en vuestros encantos!

Acaso nunca volveré

No sé yo si volveré. Lo sabes tú. Yo te dije: si tú quieres, haré mi tienda junto a tus lares. Juntos amasaremos el pan de la vida y lo comeremos juntos. Ambos beberemos en el mismo cuenco, del agua y el vino, del néctar y el vinagre que nos brinde el destino. Unidas nuestras manos, seguirán nuestras plantas un mismo sendero.

Yo te dije: si tú quieres, plantaré el báculo de peregrino ante tu puerta y crecerá el árbol frondoso que dé sombra a los hijos de nuestros hijos, en quienes podamos hallar todas las caricias que nos prodiguemos.

Y tú, mostrándome el camino, sólo me respondiste: sigue tú adelante!

No sé yo si volveré. Lo sabe tu corazón que ha de llamarme. Lo sabe tu corazón que ha de repetirme: sigue tú adelante!

Pero si regreso...

También me dijiste: tú, cuando vuelvas, serás otro. Y yo te prometí: seré el mismo, si regreso. Porque viajar es algo así como ir dejando por el camino las viejas y turbias escamas que pongan al descubierto otras multicolores, brillantes y polidas. Viajar, para quien posee espíritu normal, es: no, transformarse; no, variar de naturaleza y de sustancia; es renovarse, es mejorarse y exhornarse.

El que viaja es como el árbol, deshojado y pobre en el invierno, que al llegar la primavera se engalana y enriquece, mostrando al exterior los pródigos frutos de su potente savia, aletargada y entumida antes por el hielo de la inmovilidad.

El que viaja, tiene ante sí un libro abierto, cuyas páginas se nutren con verdaderas y sabias enseñanzas de la vida. Si es cuerdo, las lee y aprovecha; si es insensato, las desdeña y desprecia.

Si regreso, no seré el mismo, es verdad; pero tampoco otro, como tú lo temes. Seré solamente mejor!

Y verás como habré aprendido a arrullarte con más suaves y gratas ternuras; cómo mis palabras habrán adquirido la meliflua entonación del sufrimiento dignificado por la constancia y la esperanza...; cómo al hombre con voluntad de niño, habrá sucedido el niño con energía de hombre!

Si vuelvo, admirarás en mí las alas tornasoladas del colibrí de nuestro Oriente, ávido de expansión, ligero, alegre y sensitivo.

vo; no las rugosas membranas del murciélago, aturdido por los vivos torrentes de la luz....

El retrato que me diste...

Como amuleto contra el infortunio, llevaré siempre conmigo el retrato que me diste; aun cuando no hay mayor infortunio que el de nunca más tal vez volver a verte.

Le haré un altar de recuerdo ante el cual del incensario de mi amor se elevará el incienso sutil de mi nostalgia que servirá de aureola a tu retrato. Y todos los días renovaré las flores de mis ensueños, ofreciéndote su fragancia. Haré de tu nombre fervorosa jaculatoria contra la obsesionante tentación de la muerte. Y cuando algo superior a mi energía me anonada y me abata, invocaré el socorro de tu cariño ausente, cariño de hermana, ya que no de amante.

Cuando la tristeza llene mi corazón, se desbordará en las ondas del pensamiento mío que irá hasta ti para decirte mis culpas y mis penas. Escúchalas y consuélas en el santuario de tu alma, donde nadie las profane; y mándame tu pensamiento como mensajero de unciosa y melancólica paz, la única que aún puedo esperar.

El retrato que me diste, me dirá si fueron sinceras tus promesas fraternales. Por él sabré si me recordarás cuando entreabrá tus labios la plegaria.

Y tú?....

Acaso de tu mente se borre mi recuerdo un instante después de mi partida. Y cuando algo o alguien te hable de mí, quizás preguntes: ¿quién?

Sin embargo, siempre quedará resonando en el fondo de tu espíritu el eco dolorido de mi voz, trémula y lánguida cuando te imploraba; tierna y arrulladora cuando quería adularte como a un bebé caprichoso y delicado.

Mi voz será el centinela que eche atrás a los intrusos; porque nadie como ella te dirá mejor lo que es querer, ni nadie como ella te cantará las dulces endechas del verdadero amor.

Mi último poema

Estará resumido en una sola palabra dicha con honda amargura y melancolía: ¡adiós!

Escanciará todos los sentimientos creados en mi corazón por amantes, parientes, amigos, enemigos, conocidos y desconocidos. Será como la última visión del moribundo en los postreros instantes de la agonía.

Cada uno de los que están junto al que parte, oye su adiós según lo que su corazón les dicta: uno, con angustia; otro, con sólo pena; un tercero, con alegría apenas disimulada; un cuarto, con indiferencia, y no faltará quien escuche con envidia....

A ti te diré adiós muy quedo, al tiempo de estrechar convulsivamente tus manos, reliquias de mis labios. Y entonces conocerás, si aún lo ignorabas, si me quisiste o no. Y no podrás engañarte: lo que sientas en tal momento, eso será la verdad.

¡Adiós! te diré y la lira de tu corazón dará una nota: armoniosa y tierna, si me amas; discordante y destemplada, si hasta el afecto fraternal que me ofreciste, fue mentira!

Ben OMAR

Quito, Abril 23-1928

NOTA. — El autor de estos breves poemas sentimentales es el actual Canciller de Nueva Orleans, don Jorge Luis Pérez, nuestro distinguido amigo y colaborador. Ben OMAR, su pseudónimo, es muy conocido en los círculos literarios del País. Sus producciones apreciadas las han acogido con beneplácito las buenas publicaciones. El Comercio, decano del diario capitalino, donde inició sus aficiones literarias, guarda tal vez sus mejores trabajos, escritos con el fervor y pujanza de su adolescencia y juventud sañadoras.

Van para el amigo ausente nuestra cálida recuerdo y nuestro saludo fraterno.

EL LIBRO DE LECTURA DE ISAAC J. BARRERA

NICHOLAS Murray Butler, fuerte valor de la Pedagogía norteamericana, el Maestro que armoniza la belleza del ideal con el consuelo de la realidad, define al hombre educado, en los siguientes caracteres: «Corrección y precisión en el uso de la lengua nativa; modales refinados y corteses, que son la expresión de hábitos fijos de pensamiento y de acción; la capacidad y la costumbre de la reflexión; el poder de crecimiento; y la eficiencia, o poder de acción».

Magnífico poder el concedido al cultivo de la lengua nativa por tan ilustre Profesor, en un país en donde creemos que sólo gobierna la rueda y la moneda. En efecto, la primera de las señales de la educación es la corrección y precisión en el uso de la lengua nativa. No ha mucho tiempo que ha pasado a la gerarquía de primer factor de la educación. Era preciso que el estudio de las lenguas muertas cediera la primacía a la lengua vernácula. Sólo así podía tenerse la aspiración de afirmar y fomentar la nacionalidad; porque el espíritu nacional tiene que nutrirse en las fuentes propias. La escuela no se propone, como suprema aspiración, formar griegos ni romanos.—Actualmente, quizá toda la enseñanza gira al rededor del idioma nacional. Parece que están puestos en vergonzosa derrota las tristes supersticiones de que el latín es la mejor puerta para penetrar en el castellano y de que la Gramática es la piedra angular de la lengua.

Siendo uno de los principales medios de medir la educación de una persona la facilidad, la corrección y la precisión con que hace uso de la palabra escrita y oral. Y siendo, por otra parte, el español el idioma de la flexibilidad, de la energía y también de la pasión y del sentimentalismo, por mil títulos digno de propaganda inteligente y de cultivo tenaz, no debe ser calificado con el pesimismo y la pereza en línea desconsoladora frente a los otros idiomas del mundo civilizado.—Ya decíamos en otra ocasión, al recomendar a la juventud los heroísmos de la paz, el deber primero, el que requiere de más esfuerzos e iniciativas, de patriotismo más comprensivo y de afán más renovador, es el de dar al idioma español toda la importancia que se merece por su historia y por las vidas ilustres que en su perfec-

cionamiento se sacrificaron en trabajo frenético. Declamamos, entonces, que, en aras de ese deber había que consagrar una buena parte de la existencia a lectura copiosa, selecta. Que sólo así era posible conocer el matiz mental de las palabras, así como su efecto artístico. Y, junto a esto, el revelar el poder y la apreciación característicos de la naturaleza del español, en frase diéctil, personal, propia. Formulábamos, como otra de las condiciones de la labor dedicada en favor del habla, el encargo de que los mejores autores de la lengua española estuviesen en manos de la juventud trabajadora, no sólo para que se enorgulleciera con los triunfos y laureles conquistados en el grandioso paleoque de la literatura propia, sino especialmente para arrancar la lección eficaz del poder realizado por la voluntad en marcha tan tortuosa y larga, como amena y alentadora.

De los esfuerzos y entusiasmos encaminados a la perfección del idioma nativo, ninguno tan fructífero como los que concurren y arriban a la cumbre de la educación.—Por eso celebramos, con emoción cariñosa y elogio sincero, el Libro de Lectura elaborado por el señor don Isaac J. Barrera, dado a la luz pública en estos mismos días. Podiera decirse que este inteligente literato ecuatoriano ha tomado de la amplia floresta de su afanosa tarea literaria, la flor más humilde—especie de violeta del campo intelectual—para ofrecer su perfume profundamente saludable a la niñez que se educa y a la juventud que estudia. Esta flor es el Libro de Lectura. Aspirando su perfume y bendiciendo el esfuerzo selecto que la ha hecho crecer, tras largo riego de sudor fecundo, bien podríamos felicitar a la Educación Pública del País por la valerosa atención con que la impulsan profesores de la talla del señor Isaac J. Barrera.

Un libro que aparece es un nervio más que ya a enriquecer y agitar la función del pensar; es un soldado más para el ejército de la idealidad; un rayo más, disparado de frente contra la luz desconcertante de la

ignorancia. Y un Libro de Lectura es un arroyo que, naciendo en un oasis, recorre la senda amarga y árida del desierto para sorprender en tarde estival al viajero, diciéndole: «He querido aliviar tu fatiga y reparar tu desmayo con la frescura milagrosa de mis linfas. Recógelas en el cóncavo de tu mano; aplaca tu sed; el poder refrigerante de mis aguas hará desaparecer la nube que delata cansancio en tus ojos, el paso cansino de tu marcha y la mudez y el ansia de tu boca. . . . Bebe; esta especie de llanto con que broto de las profundidades de la tierra, en canto quejumbroso, fue hecho para amenizar tus desencuentros en las arenas tristes del desierto de la vida. . . . Así, «el más allá» de la jornada te inspirará fe y esperanza. . . . «Bebe y camina. . . .»

Entrando brevemente a hacer una relación de las cualidades de la obra, encontramos que, ensayadas prácticamente las más interesantes y sugestivas producciones,—en el Sexto Grado de la Escuela Primaria—se subordina el material de lectura al deseo de su autor, al dedicarlo para los grados superiores de la Enseñanza Primaria y para la Enseñanza Secundaria. En primer lugar, una gran parte de los trozos escogidos son accesibles a la mentalidad infantil, en tal grado, que desarrollan en el niño el gusto por la lectura, con el descubrimiento de las bellezas de la forma literaria, la comprensión y uso inmediato del vocabulario nuevo, las noticias acerca de los autores, el examen de los caracteres literarios de cada uno de ellos y la aplicación sobre todo—del estilo a casos particulares, nacionales, más crecianos, mediante la composición en que se encarnan principalmente las influencias artísticas imprimidas por los cultores del idioma en el alma infantil.—De esta afirmación excepcional se los artículos: «*Rosalía de Castro*», de Emilio Castelar, por ser demasiado tumultuosa la frase y por referirse a la narración de un asunto ya demasiado lejano para el niño; «*Galápagos el fin del mundo*», de José Ortega y Gasset, por el ininterrumpido desfile de frases y palabras ricas en conceptos científicos que, a pesar de estar intercaladas en un discurso en general ameno, detienen a cada paso la atención del niño con un poco de duda e inquietud, obstruyéndose, en gran parte, la unidad de la relación; «*Latinos y sajones*», de José Vasconcelos, que sería oportuno para los últimos cursos de la Enseñanza Secundaria, porque contiene consideraciones hondas de carácter histórico psico-etnológico, en que abunda tanto este pujante filósofo; «*Por la humanidad futura*», de José Ingenieros, por no tener ningún vínculo con ninguno de los intereses infantiles; la frase es grave, majestuosa; incompatible con la sonrisa, jugosidad y emoción que reclama el niño en la lectura; «*Ideal*

pacifista», de José M. Velasco Ibarra, del filósofo nacional, cuyo palabrado profundo siempre ha estado enderezado hacia la juventud pensante y seria, manteniéndose siempre por encima de la superficialidad y declamación de los literarizantes que tanto pululan en las capas medias de las democracias latinas y que penetran con éxito ruidoso—en alas de la prensa insustancial, casera, vulgar—hasta por entre el tumulto bullanguero de los mercados pobres. «*Ideal pacifista*» no conviene a la inteligencia del niño, inteligencia que no está preparada para la estimación, así meditativa, honda, oscura, abstracta, de los campos del pacifismo reflexivo, eminentemente reflexivo.

La lectura abundante y variada, sanamente deleitable, que ofrece el señor Barrera, contiene producciones de los escritores de más nota, en magnífica sucesión de escuelas y de estilos que sugieren hermosos contrastes y apreciaciones, como lo ha querido su autor: «junto a la grave cláusula castellana de Castelar, la anotación pintoresca de Azorín o la florida prosa actual».—Condición propicia para el análisis literario, gracias al conocimiento de los distintos géneros literarios, viéndose en cada uno de ellos la expresión indeleble del tiempo, en espíritu y tendencia, concretándose vigorosamente en una vida personal literaria. Llega aún a presentar a los más nuevos poetas y escritores, de ideología autóctona y sentimentalismo criollo, siguiendo a lo largo de los Andes desde el Cabo de Hornos hasta el río Bravo del Norte, retrocediendo luego al Plata y a las Pampas Argentinas. Allí están en procesión gloriosa Gabriela Mistral, José Santos Choceano, Gonzalo Zaldumbide, José Rafael Bustamante, Remigio Crespo Toral, Alfredo Baquerizo Moreno, José María Velasco Ibarra, Remigio Romero y Cordero, Guillermo Valencia, José Vasconcelos. . . .

Barrera ha sabido seleccionar autores y artículos. Sabe que la literatura no se forma sólo con la pobreza literaria del país, a fuerza de patriotismo incomprensivo, como quisieron José Antonio Campos y Modesto Chávez Franco, al formar «*El Lector Benettoniano*». La literatura no reconoce fronteras. Y la literatura, factor pacifista, compendio de amor racial, salvando los egoísmos nacionales, proclama con las manos libres de las trabas políticas y religiosas, todo gesto, todo grito, todo ritmo, todo canto, que encumbra el arte, sendero florido por el cual se perpetúa en marcha triunfal el idealismo americano, con cambiantes de luz y armonía en que vibra ufana la Madre Patria. . . .

Y uno de los mayores méritos que realza la obra literario-pedagógica del Profesor Barrera es, sin duda alguna, el iniciar el

acopio del material lectivo con las evocaciones gloriosas de la Raza, como que la visión del niño tiene que ir más allá de los linderos de la Patria, al ser un soldado altruista de los eternos valores de la justicia, la virtud, el bien. Consuela profundamente el ver que las sugerencias de un educador,—concretadas en el plan y arreglo de un Libro de Lectura,—tiendan a despertar y desarrollar la fraternidad y solidaridad entre los pueblos ligados por la belleza de una tradición y la comunidad de necesidades e inquietudes. El convencimiento de que la Patria no es un fin en sí, ha de ir arraigando firmemente en las conciencias individuales. Sólo que la cruzada en favor de causas tan grandiosas como ésta no pueden de ningún modo afrontarla los discursos estrepitosos y la diplomacia reluciente y alambicada. . . . El Libro, sobre todo, es el llamado a organizarla, orientarla y darla una bandera, un escudo y un lema.

Fiel a su sagrada consigna, el autor deja adivinar—sin haberlo pensado quizá—su ingenio literario y su humanidad de Maestro en el ofrecimiento concretado en las frases dirigidas al Profesorado respecto de que, «deslindadas las fronteras, la labor inteligente de los gobernantes tiene que ser de carácter internacional; los pueblos como los individuos, no pueden vivir sino con el respeto de los demás; respeto que no encontrarán en tanto permanezcan aislados, hoscos, incultos».

«El Ecuador es pequeño y pobre; y, aunque no fuera así, un deber de pueblo civilizado le obligaría a buscar la unión con otros pueblos. La América de origen español debe tener constantemente la grave preocupación de su destino. En el mundo hay otros pueblos poderosos, que por natural expansión se irán contra los débiles. Lo obligado será, pues, defenderse de esta debilidad».

Junto al afán de una alta política internacional, se manifiesta, además, el propósito de que el Libro de Lectura sea la expresión más amplia, más intensa y más completa, del esfuerzo literario realizado por la raza, como que el cultivo y embellecimiento del idioma no es obra sólo de un pueblo, ni de una época, ni de una escuela, ni del representante de un movimiento de mayor o menor trascendencia.

Buen ejemplo nos dan los libros franceses cuando hacen figurar a autores belgas y suizos; y cuando los libros alemanes contienen firmas de literatos austríacos y suizos; y cuando los libros de lectura escolar norteamericanos se integran con producciones de autores ingleses. Aspirando, pues, el idioma a ser el más poderoso lazo espiritual extendido ampliamente por todas las latitudes del planeta, hay que elevarlo a la categoría de primera escuela de *Pacifismo y Unión*.

Aunque el señor Barrera ha tendido a presentar el mayor número de géneros literarios, hasta el punto de que estuviesen contenidos en el Libro, como en un paisaje rugoso y polifónico, todas las alturas, todos los colores y tonalidades de luz, sin embargo, tendríamos que observar la falta de algunos géneros tan importantes como el epigrama, el cuento de factura moderna, la epístola en sus diferentes aspectos, la poesía bucólica, el monólogo, el diálogo, la fábula, la dolora. Asimismo, hay que anotar la falta de firmas que no debe ignorar el niño de la Escuela Primaria y, menos, mucho menos, el joven de Enseñanza Secundaria; citaremos sólo una parte, por juzgarlas imprescindibles: Salvador Díaz Mirón, Amado Nervo, Andrés Bello, Domingo Faustino Sarmiento, Barros Arana, Santiago Rusiñol, Francisco Villaespesa, Julio Verne, José Modesto Espinosa, los Hermanos Álvarez Quintero, José Echegaray, Enrique Gómez Carrillo, Edmundo de Amicis, Víctor Hugo, Emilia de Pardo Bazán, Núñez de Arce, Leopoldo Alas, Fenelón, Lord Byron, Honorato Vázquez y Cervantes.—Hacemos especialmente hincapié en la falta de un artículo de este último, ya que es indispensable tener en cuenta el Libro que bien puede ser llamado la Biblia de la Raza Española y de los pueblos que de ella surgieron a la vida de la civilización: el Quijote.

Esta indicación de la falta de una mayor amplitud en la presentación de autores ilustres y de géneros literarios de verdadero interés, teníamos que anotarla, ciniéndonos al deseo del señor Barrera de que su libro tuviera cabida en la Enseñanza Secundaria, en general. Entendida la lectura como la fuente más rica de conocimiento, en donde se aviva el interés por el estudio personal; y debiendo ser, por lo mismo, esta fuente tenida en su justo valor a través de toda la Enseñanza Secundaria, precisa, obliga, que un Libro de Lectura para ella ya señalado, contenga los nombres de las vidas que se consagraron íntegramente al cultivo de un género literario hasta formar prosélitos en su derredor en demanda de doctrina y de bandera.

¿O se piensa, quizá, equivocadamente, que el Libro de Lectura debe ser mantenido sólo dentro del aula escolar, con ligera proyección hacia los primeros cursos de la Enseñanza Secundaria? . . .

Hay una fácil gradación de temas, motivos y estilos desde «*Visión de Extremadura*», de estilo ágil, brillante y florido, hasta «*Autología*», de frase meditativa, severamente austera, hay una escala ininterrumpida, como espiral altísima, por donde viaja el espíritu, conociendo deleitado las fases multícolomas de la forma y los ciclos cada vez más amplios del pensar. Se pasa por toda emo-

LA ORQUESTA "METROPOLITANO"

Integrada por profesionales de excelente cultura artística, ofrece a Vd. sus servicios con un extenso y moderno repertorio musical

HONORARIO:—VEINTIDOS SUQUES POR HORA

DIRECCIÓN:—Carrera «García Moreno» N° 87.—Teléfono 3-3-1

ción, por toda pasión, por toda fantasía y por toda idea; porque la Obra abarca casi todas las múltiples manifestaciones del sentir y de pensar. No es un tomo de Moral, ni de Historia, ni de Geografía, ni de Ciencia Social. Pero se aprovecha de todo conocimiento, seleccionado de acuerdo con los intereses del niño y con la finalidad del Libro de Lectura, finalidad que de ningún modo ha de subordinarse a la naturaleza, condición y objeto de las otras asignaturas de la Enseñanza. El Libro de Lectura podrá aprovecharse oportunamente al servicio de la Historia, por ejemplo; pero no está hecho para esa fin esencialmente, porque la Lectura, asignatura de orden primero y superior, tiene finalidad en sí misma, como define inteligentemente el señor Barrera.

En ninguno de los artículos y poesías—excepción hecha de los ya señalados—puede temerse que el niño fatigüe en esfuerzo inútil y sin consecuencias valorizables, su tierna inteligencia. Cada composición, por más que corresponda a un tema arduo, agrio, tierno, alma, frase galana, adorno sugerente, recurso para ejercitar la inventiva y la voluntad personal en ensayo interesante y provechoso.

Para terminar, séanos permitido subrayar y explicar ligeramente los conceptos concentrados en las palabras dirigidas al Profesorado, en aquello de la importancia y objeto y resultado a que se debe llegar con el Libro de Lectura.

El señor Barrera quiere que el Profesor se proponga obtener con la lectura el que el alumno lea con sentido y, por tanto, de manera sencillamente agradable. Pero ésta será la utilización primaria, que la principal, en la enseñanza del español, consistirá:

1° En obtener el resumen de lo leído;

2° En procurar el aumento de vocabulario, dando la definición de las palabras poco usadas o que se consideren desconocidas;

3° En que la lectura sirva para analizar gramaticalmente, según la parte de la asignatura que se estudie; y

4° En que sirvan para deberes de composición».

Y, al efecto, señala un ejemplo con aplicación del método señalado, refiriéndose al primer artículo del Libro: «Visión de Extremadura».

El resultado al que hay que llegar mediante la Lectura es quizá más amplio de lo que expone el señor Barrera:

Que el niño lea de manera «sencillamente agradable», no explica las cualidades de una buena lectura: es una frase vaga. . . . Y esto queremos explicar: Ante todo, es preciso que el niño adquiera la inteligencia de lo que lee, articule, pronuncie y entone, no sólo clara, distinta y correctamente, sino además en correspondencia con lo que lee, acomodando todos estos elementos al pensamiento, que debe ser lo que le guíe en la expresión que dé a sus lecturas. A esto responden los ejercicios llamados de lectura *correcta, explicada y expresiva*.

Por la lectura *correcta* se procurará principalmente que los niños articulen y pronuncien bien, aplicando los ejercicios de análisis fónico. Al efecto, ha de cuidarse con esmero de que lean despacio y no tan de prisa como suelen hacerlo, lo cual es un defecto grave, porque revela que no se fijan en lo que leen. El ritmo, la armonía y la cadencia que supone toda buena lectura, es el efecto de la aplicación inteligente de las normas que señala la prosodia.

Pero para esto último, es menestar la cooperación de la lectura *explicada* la cual, a su vez, se apoya en la conversación preliminar con que se predisponen los espíritus para el conocimiento de un trozo nuevo; esta conversación preliminar ha de contener

siquiera remotamente el uso y explicación de las frases desconocidas. Pero es propiamente la lectura explicada la que cumple plenamente esta aspiración: no «*dando la definición de las palabras*» como quiere el señor Barrera, sino más bien conduciendo al niño a la deducción del significado mediante la intuición directa, el símbolo, la comparación, el contraste, la etimología y la sinonimia, según los casos. Recordemos que «las cosas que dice un niño—como afirmaba ya Rousseau—no son para él lo que para nosotros; él no refiere a ellas las mismas ideas». Por esto no es inconveniente la «*defluación*» impuesta por el Profesor.

En cuanto a obtener el «*resumen*» de lo leído, nos parece inadecuado después apenas de la primera lectura. El resumen más bien consiste, como esfuerzo de abstracción, en la deducción de un principio, de una máxima, de una lección o simplemente de la ideología pura. Terminada la lectura de presentación de un trozo por parte del Profesor—a fin de que la impresión nueva sea más grata y completa para el niño—conviene una «*reducción*», una «*repetición*» del «*contenido total*».

Que el niño penetre bien en las ideas y en los sentimientos del autor al que lee, reflejando esta penetración con viveza, dando a la voz la entonación, las inflexiones y los movimientos adecuados, mediante una inteligencia pronta y una sensibilidad cultivada, es en lo que consiste la lectura expresiva, la cual supone, por lo tanto, *comprender bien, sentir bien y expresar bien*. En este concepto, todo Maestro que se penetra de la importancia de la Lectura, debe encaminar el aprendizaje de ella como los americanos piden, esto es, que «el niño lea con sentimiento, inteligencia y gracia, que comprenda lo que el autor ha querido expresar, que penetre en el espíritu del artículo y sea dueño de su voz». Este consejo tiene in-

merosas ventajas hasta de carácter higiénico: pone en juego los pulmones y hábita a efectuar la respiración regularmente; despierta el pensamiento; estimula el espíritu del niño; desenvuelve su imaginación y da atractivo a la enseñanza. Y su acción fuera de la escuela, no es menos útil: aumenta el gusto y el deseo de leer; lo que siempre es un gran bien. Es una ciencia de adorno en la vida de familia. Hace agradables las horas de descanso. En un país como el nuestro, de dejadez e inquietud ociosa, la lectura sería de saludable efecto moral.

Junto a la lectura correcta, la recitación. En ella se realzan las actitudes y aptitudes artísticas.

Junto a la lectura deleitable, el análisis gramatical: saturado de reglas huecas, detestable; práctico, inductivo, variado, de grande provecho.—Está bien que el señor Barrera admita el análisis gramatical como uno de los aspectos de la lectura.—Por fin, siguiendo el método trazado por nuestro Profesor, el aspecto de la composición, en la forma moderna señalada con alusión a un ejemplo por el distinguido Catedrático de Castellano del Instituto Nacional Mejía.

Las ilustraciones, de factura moderna, casi todas, realzan los méritos del Libro; habiendo inexactitud sólo en la dedicada a Montalvo.

Las iniciativas del Profesor están llamadas a extraer la rica savia de tan importante obra. La personalidad del maestro es el más alto pedestal de la enseñanza.

Por todos los méritos del Libro de Lectura del señor don Isaac J. Barrera, un aplauso caluroso y sincero. Y que se prepare a recoger los áureos frutos de la siembra generosa, hecha para gloria del Ecuador.

Julio C. LARPEA

Quito, Mayo de 1928

CON MOTIVO DEL TERCER ANIVERSARIO

de la fundación de esta Revista — que se cumplirá en Agosto — preparamos una edición extraordinaria.

La colaboración bondadosa de los escritores nacionales pondrá en relieve el valor de nuestro sentir y pensamiento artísticos ante nuestros numerosos amigos de Hispanoamérica.



¡NO SE CONFUNDA!

¡ESTA!

es la legítima Leche de Magnesia que los médicos prescriben desde hace cincuenta años por su pureza y suavidad. ¡No se confunda!

Pida siempre

LECHE DE MAGNESIA DE PHILLIPS

y fíjese que la botella lleve arriba la firma colorada.

Canto a la América Latina

Poema que obtuvo el premio de la Flor Natural en los Juegos Florales celebrados en la ciudad argentina de Bolívar, con motivo de su cincuentenario.

Arriba el Cóndor, y a los pies la Boa,
y Colón a la diestra y a la zurda Balboa!
Tal la América nuestra, la América española,
la del rosal y el cántico,
la que se moja el pecho en el Atlántico
y hunde en el Pacífico la cola.

Región del Eldorado
en la campiña plena
y en el bosque inexplorado,
en el Plata, que es la vena
que vitaliza el costado,
en México minero
y el Ecuador vertebrado
y Argentina del pampero,
y en Bolivia: el mismo barro
peruano,
por donde van de la mano
Benalcázar y Pizarro,
y en Colombia, siempre en vela
frente a la llaga del istmo,
y en Chile que es una espuela,
y en Venezuela
que es un grito de optimismo!

Vasta región agraria
de las cosechas en flor,
buen refugio del paria,
Canaán del luchador,
espaciosa tierra eximia
de la multiplicación
del ganado, zona de la vendimia
y de la eterna floración;
hoy, con el rumbo seguro
y con tu propia producción,
marchas, nave latina, hacia el futuro
sobre los oleajes del gran mar de Platón!

Y hay que ver a la nave bajo el latino cielo
empavesada de luz:
lleva como piloto la sombra del abuelo,
y en el más alto mástil, como una garza en vuelo,
abre sus alas blancas el ave de la Cruz.

Y progresivamente resopla el viento suave
sobre la arboladura que corre hacia el confín;
destácase entre auroras el Ande, altivo y grave,
y desde lo más alto sonríele a la Nave
la sombra de Bolívar y la de San Martín!

Oh! la Nave fragante que la luz tornasola
y a quien ríe en dos sombras una sombra de augur!
Oh! la nave que marcha por la mar española
y a quien hinchán las velas frescos vientos del Sur!

Seguirá majestuosa por el mar colombino
con la proa tan alta como ahora se ve,
porque fueron sus jarcias de bramante latino
y porque sobre el puente va Cervantes de pie.

Los inquietos gavieros que en los topes se erigen
avistaron un témpano en el frente polar;
mas la Nave que lleva timonel aborígen
que conoce las costas y peligros del mar,
la Nave de los indios que tan sólo se rigen
por la rosa solar,
orzará hacia la zona similar del origen,
si no quiere encallar.

Orzará mientras pasa la marea que sube
con halagos de espuma cortejando el bauprés,
y será como el agua que retorna a la nube
para, limpia de cieno, fecundar otra vez.

Y hallará el viejo puerto, con la misma ternura
con que hace cinco siglos lo dejara al zarpar;
que la madre es la madre, y por naturaleza
espera al hijo siempre: si el hijo tarda, teja,
pero si el hijo torna sólo sabe cantar!

¡Oh! esa fiesta gloriosa de la madre y la hija,
que no habrá una palabra fija
que concrete en español:
Cuando la antigua madre adusta
sienta que le besa la altiva frente angusta
la boca fragante de la Hija del Sol!

Y entonces hablarán de testa a testa,
la que lanzó la protesta
y la que tuvo que ceder,
la que rasgó en tres barcas las densas brumas,
y la que recibió en testas de plumas
las joyas de la Mujer!

Y se hablará de la disgregación
de las Hermanas del Sur,
y del peligro del halcón
y las jugadas del tiburón.

Y verá la madre en el puerto
que sobre la mar en flor,
ya se inicia un sólo pendón abierto
por sobre el palo mayor....

Porque allí, redivivos los sueños bolivianos
bajo un soplo de amor,
todos los marineros seremos hermanos
sobre la Nave del Libertador!

Y mirará la Europa, con cansancios de abuela,
a Chile, Perú, Bolivia, Colombia, Ecuador, Venezuela,
Brasil y Argentina: una Patria conjunta
llevando el Continente de una a la otra punta.

(Que no es la Patria límite y estrecha
la gran Patria futura que yo abarco,
sino la Patria nuevamente hecha:
desde México, curvo como un arco,
hasta la Patagonia, que es la flecha!)

Oh, América! Unificate, que el huracán arrecia!
Sé como Italia y como Helvecia
una blanca unidad!
Haz el milagro bíblico a la inversa,
unificando los panes de tu fuerza dispersa
en estas Bodas de la Libertad!

Y entonces veremos que el progreso se activa
bajo el vuelo del ave de la rama de oliva.

Y podremos gritarle al vecino asombrado:
—Cosechamos los frutos en el propio cercado!—

Somos fuertes! Tenemos una triple coraza,
porque somos tres razas engranando una raza.

Nuestra América integra en el centro y el flanco
la pujanza del indio y del negro y del blanco:
Tres potencias que, unidas, no hay un brazo que tuerza,
pues tres músculos juntos multiplican la fuerza!

Se dirá que tenemos la nobleza lejana;
mas, nosotros sabemos de la Loba Romana,
y por eso la testa de los Andes se empina
para darle las gracias a la abuela latina!

Ah! Y nuestro Génesis? Nuestro comienzo bello!
Nuestra aurora de sangre tiene su propio sello
característico, y su Biblia está en pie:
La Atlántida era el mundo que Platón buscó a tientas,
un mundo que desapareció entre tormentas,
pero sobre las aguas quedó a flote Noé.

El filósofo egino no supo de estas cosas!
La Atlántida era la América de las rosas
que no podía desaparecer:
sólo sufrió un diluvio de sangre humana,
mas, como tras el riego la espiga grana,
la Atlántida tenía que florecer!

Y fué tras el diluvio de la Conquista
cuando surgió de tres razas la raza mixta,
generosa y heroica y tricolor.
Porque aquí en nuestra América posó el Arca
las proles genitoras del Gran Patriarca
como tres mariposas sobre una flor.

Oh! Hagamos de esta triple raza, que viene
desarrollando toda su acción motriz,
el uso taumatúrgo que nos conviene.
Oh! árbol que tiene
hundida en el océano la raíz! ...

Y se verá el milagro que aún no ha dado
nuestra amplitud activa,
donde ahora es cuando aflase el arado
para la plantación definitiva.

Porque ahora es cuando América ha encontrado
en el tesoro de su propia entraña,
la senda que conduce al Eldorado
que inútilmente persiguió el soldado
victorioso de España.

Y Eldorado es la tierra americana,
plena de sol y trémula de lluvia,
la tierra victoriosa del mañana,
la que cuaja el theobroma y la manzana
y el café pardo y la mazorca rubia.

La tierra en que simulan bocas vivas
los claveles sangrientos del sendero,
y donde, entre las irondas emotivas,
nos sugieren cabezas pensativas
los copos blancos del algodónero.

La que forma los robles milenarios
propicios al encanto de las citas,
y hace de las neblinas incensarios,
y enflora los jardines solitarios
con el ensueño de las margaritas.

La tierra brava en que el pampero rudo
simplifica los ímpetus del toro,
la tierra india del coraje mudo,
donde Atahualpa, prisionero pudo
alzar la diestra prodigando el oro.

La tierra de las pampas y los llanos
que forjaron pretéritos destinos,
la Patria de los potros colombianos,
la Patria de los potros argentinos.

La que dá ese dinamismo
sin nombre,
que hace un sólo organismo
del caballo y del hombre!

La que dá un golpe olímpico de maza
al León Castellano,
y la que prueba el temple de la raza
sobre el cadalso de Maximiliano.

La de Ojeda y Cortés y Solís y Pizarro,
caballeros de los arcabuces;
la que multiplicó en indiano barro
los potros andaluces....

La que se puebla de intrigas
ante las perspectivas codiciosas,
y atrae al héroe plantador de ortigas
y al Misionero sembrador de rosas!

La que es con Nervo un piélago en bonanza,
y con Montalvo un fiero desafío,
y con Rodó un camino de esperanza,
y un anuleto con Rubén Darío....

La que aún conserva el ritmo y la elocuencia
de las viejas canciones,
en Guillermo Valencia
y en Leopoldo Lugones!

La de Venecia moza
y la de los incásicos donaires,
y la que puso Pedro Mendoza:
Nuestra Señora de los Buenos Aires!

Y la que floreció también latina
bajo el arado hermano,
que erigió entre la selva colombina
el airoso penacho lusitano!

Gloria a América toda:
A la española y a la portuguesa!
América gentil que muerde y besa!
América del Sur para el a sola!

Sembradores de América: Al arado!
Abrase el surco en flor,
y vendrá la cosecha para cada sembrado
y bajo la cosecha se hablará del amor!

Que cuando redivivos los sueños bolivianos
cuaje el fruto mejor,
todos los sembradores seremos hermanos
en la Vendimia del Libertador!

J. M. RONDON SOTILLO

Caracas, Venezuela

Oscar Efrén Reyes en Quito

PARA reemplazar al señor doctor don José Gabriel Navarro—distinguido historiógrafo a quien acaba el Gobierno de enviar de Cónsul General a Madrid.—ha sido nombrado Catedrático de Historia de los Institutos Normales de Quito un nuevo valor intelectual, cuya labor ha sido descolante en el periodismo y en la cátedra: Oscar Efrén Reyes.

Hasta hace unos días, Reyes enseñaba Preceptiva e Historia de la Literatura a la juventud del Colegio BOLÍVAR de Ambato, y dirigía la revista CULTURA, de la que tan buenas cosas han dicho plumas tan eminentes como la de Eduardo Gómez de Baquero, en España. El nombramiento de Profesor de Historia de los Normales de Quito, pues, le ha sorprendido en esas faenas; y como nunca pudo ser más acertada ni más justa la designación para reemplazar un alto prestigio de la cátedra, tenemos que reconocer en este acto del Gobierno una decisión reveladora de perfecto conocimiento de valores.

Hace poco, con motivo de la publicación de un amplio estudio crítico-biográfico de Oscar Efrén Reyes sobre el gran periodista Manuel J. Calle, trazó El Comercio de Quito, por la docta y avizorante pluma de Nicolás Jiménez, la siguiente semblanza del joven publicista; que perfila, en precisos rasgos, su personalidad de literato, si bien, a nuestro juicio, la del educacionista no le es inferior. He aquí esos rasgos:

«Reyes es muy joven. Nos referimos a datos de personas que lo conocen. Sin embargo lleva bien ganados sus laureos en el periodismo y en artículos serios de crítica literaria. Como muchos entusiastas muchachos de la Sierra, fue a Guayaquil e ingresó en la redacción de algunos diarios. Estuvo en «El Guante» y en «La Prensa». Encargado de los «lunes literarios» de «El

Guante» nos tenía al corriente del movimiento de ideas en España y en Francia, mediante atinadas reproducciones. En el fervor de la campaña política de 1924, que presagiaba el 9 de julio de 1925, llamaron la atención los artículos firmados por *Jessie* y *León Fort*, pseudónimos que muchos atribuyeron a connotados personajes públicos de Guayaquil por el conocimiento de hombres y de situaciones, por la penetrante manera de entrever y enlazar los sucesos, y por la precisión serena de estilo. Luego se supo que los dos pseudónimos correspondían a Oscar Efrén Reyes.

En «Cultura» que él dirige está formando una galería con el título de «Los Grandes Escritores Americanos». Hemos leído el estudio consagrado al gran panflecionista Luis Bonafoux, y en el número a que nos referimos, al mucho más grande—en concepto nuestro—Manuel J. Calle. No recibimos todos los números de «Cultura» y no podemos afirmar si hay otras más de esas siluetas tan fieles, tan bien trazadas, tan francas y desenfadadas.

El estudio sobre Calle fue ya publicado en «América Latina», la hermosísima revista de Moreno Mora (Cuenca), pero su reproducción, nos parece que es como las segundas ediciones: mejorada y aumentada. Es una semblanza del más grande diarista—diarista a la moderna—que haya tenido el Ecuador en todo tiempo. Está hecha por un espíritu comprensivo, amplio, despreocupado, ilustrado y literario. No en todas sus apreciaciones le encontramos justo, pero sí sincero y, por lo tanto, digno de consideración y atención. Acaso sea porque, en nuestra opinión, no hay, ni ha habido periodista igual a Calle. Le ponemos siempre en primer término y a la cabeza de todos: no tiene rivales por su fecundidad, por la gracia de su estilo, por el exquisito gusto, por la amenidad, por la imaginación, por la variedad, por la brillantez de la forma, por la muchedumbre de conocimientos, por la acervidad de su sátira. Facultades y aptitudes tan complejas y diversas hicieron de él un tipo único en nuestro periodismo, que acaso no vuelva a repetirse.

La preocupación contemporánea por los problemas educativos

La pedagogía y la cultura

LA aplicación a los problemas educativos de una concepción del mundo y un sentido de la vida constituye la más alta finalidad de la disciplina pedagógica, de modo que la pedagogía no es sino un aspecto de la cultura y una rama de la filosofía.

Hay un íntimo paralelismo entre la cultura, que se manifiesta en una constante creación de valores, y la pedagogía, que constituye un estimable instrumento en la obra de formación humana. Al crear valores la cultura define el tipo humano que su tiempo reclama, lo que equivale a formular ideales que la educación adopta para realizarlos merced a las formas y medios que la pedagogía concibe y aplica.

El tema central de la pedagogía es un problema totalmente humano y por sus finalidades esencialmente espiritual. He ahí porqué ella es considerada como una rama filosófica.

Las disciplinas pedagógicas no hacen otra cosa que investigar los elementos biológicos y espirituales del ser humano e ingeniar los medios de llevar a cada espíritu al sentimiento de la vida y la teoría del universo que la filosofía va forjando en cada época. Por esto, la pedagogía es una ciencia dinámica; se mueve siguiendo el ritmo

del pensamiento filosófico. Una filosofía realista o idealista determina correlativamente una educación de idéntica tendencia. La filosofía, la ciencia, el arte y la religión diseñan el sentido de la cultura en una época dada, y ese sentido cultural crea necesariamente una teoría de la educación. Así se comprende cómo— a pesar de explicables resistencias— a nuevos tiempos corresponden nuevas escuelas, o sea una nueva concepción educativa, una manera nueva de *pensar* al hombre.

En el Oriente antiguo el hombre se entrega a la religión; en Grecia a la contemplación de la naturaleza y al cultivo del espíritu; en Roma a la fuerza material. La educación en estos tres pueblos de la antigüedad responde a esas tres concepciones de vida. Un ideal místico y caballeresco predomina en la educación medieval; humanista en el renacimiento; racionalista y naturalista en el siglo XVIII y patriótico y realista en el siglo XIX. En cada época la educación es un reflejo de la filosofía dominante, una fuerza al servicio de los grandes ideales de cultura.

Entendida así la correlación entre la cultura y las actividades educativas, la pedagogía actual no es sino un reflejo del estado espiritual contemporáneo. Difícil resulta precisar esos ideales y ese estado espiritual.

El señor Reyes ha comprendido y abarcado muy bien a ese hombre y a ese literato, cambiante y múltiple, poderoso y flexible. En muchos aspectos, resucita a nuestra vista al escritor nuestro de hace 10 años, y lo retrata en rasgos de concisión expresiva, que es uno de los muchos méritos del estilo de *León Fort*. No trepidamos en asegurar que nada se ha escrito sobre Calle que iguale al estudio que le consagra Oscar Ehrón Reyes. La galería de «Los Grandes Escritores Americanos» será una

preciosa obra de crítica literaria si los demás estudios son— que si lo serán— como esas semblanzas maestras de Bonafoux y Calle.

Recordemos que el número de «Cultura» dedicado a Montalvo fue visto en España con mucho agrado, e inspiró los artículos de «El Sol» y de Andremio—Gómez de Baquero—que tuvimos el agrado de reproducir.

(En Comercio—Número 36 de 1929)

La última guerra, cuyas consecuencias no sabemos qué límites tendrá, ha conmovido profundamente la estructura de la sociedad actual y las manifestaciones y formas de nuestra cultura, determinando el estado de crisis reinante en nuestro tiempo. Ello justifica a los observadores y estudiosos que intentan mediante fórmulas cronológicas, acaso arbitrarias, establecer el año 1914 como fin de la cultura del siglo XIX, a la guerra como el gran sacudimiento destructor, y el año 1918 como el punto de partida de una nueva orientación espiritual. Estamos viviendo el instante especialísimo en que chocan dos generaciones, las del pasado que aspiran a la supervivencia del viejo sentido cultural y las nuevas que se empeñan en proclamar los síntomas ya acentuados en una próxima cultura, y que ya caminan hacia nuevas visiones de las cosas y hacia una nueva comprensión del universo y de la vida. Buscan nuevos problemas para inquietar sus espíritus o nuevos puntos de vista para interpretar los viejos, los denominados «problemas eternos», siempre insolubles para suerte del intelecto humano, que sin ellos, carecería del estímulo que lo eleva a las más altas especulaciones de la razón o a las más grandes creaciones del espíritu.

Todo tiende a ser distinto de lo que fué. Es la nuestra una época de intensa inestabilidad universal, de tal suerte, que al salir de esta crisis para entrar en un estado de franca normalidad, la nueva vida en todos sus aspectos, social, económico, político, educativo, etc., tendrá un sentido distinto del anterior.

En medio de la multiplicidad de fenómenos que día a día impresionan la conciencia del hombre contemporáneo ninguno tan inminente como la señalada decadencia cultural, y que desde la aparición de un libro resonante, se la denomina la decadencia de occidente. El destino de occidente es el tema central del pensamiento de esta hora, tan alarmantes para algunos, que juzgando insalvable la caída, piensan no en aquello que ya muestra su caducidad, sino en el desarrollo ulterior de nuestra cultura, la más influyente en la vida de los pueblos contemporáneos.

Reina un estado de honda crisis moral, objetivada en el predominio de los intereses materiales y en una gran pobreza de valores espirituales. El siglo XIX, de donde procede este estado de cosas, se caracterizó por su extremado culto a las formas

externas de vida. La ciencia positiva, a través de su conocimiento concreto, práctico y aplicado del mundo, condujo a la técnica, al maquinismo y al industrialismo, creando una preferencia casi exclusiva por las energías mecánicas y un relegamiento de las actividades superiores del espíritu. Fue una superación de la civilización sobre la cultura, según las acepciones que en torno de estos términos corren desde Spengler, "Civilización" o el predominio de las tendencias, esfuerzos y resultados materialistas, "Cultura" o predominio de las tendencias, esfuerzos y resultados espirituales. Aquella, el culto de lo cuantitativo. Esta el culto de lo cualitativo. La civilización en ese siglo usurpa su lugar a la cultura, o la cultura deshumaniza sus formas internas hasta petrificarlas en cosas, hechos y fenómenos materiales tan maravillosamente organizados que concluyen por declarar superfluo al ser humano. Y si esta civilización moderna que llega a su apogeo a fines del siglo XIX y comienzos del XX, para Spencer, filósofo positivista, representa un progreso, para Spengler es una decadencia de la evolución humana, y para Max Scheler "se acredita como fenómeno de decadencia por el hecho de que significa donde quiera una relajación de las fuerzas humanas centrales y directrices, frente a la anarquía de las tendencias automáticas, un olvido de los fines a favor de los simples medios. Y esto justamente es decadencia." (1)

Sin entrar al examen de las razones explicativas del estado actual de la cultura, aceptamos la afirmación ya universalizada de que la nuestra es una hora de encrucijada en la historia de la civilización. Por un lado, un cúmulo de instituciones sociales y conceptos morales en estado de caducidad, y por otro, nuevos bríos y afanes empeñados en crear y construir rutas espirituales nuevas para la humanidad. Es un hecho innegable que junto a la decadencia de la vieja cultura, empiezan a diseñarse los rasgos de otra nueva, o por lo menos de una intensa y universal renovación, acaso, porque "el fin del antiguo es va el nacimiento de lo nuevo", como dice Keyserling, y también porque—según el mismo pensador—"las condiciones preliminares para una nueva y alta cultura son idénticas a las causas que originan la decadencia de la anterior." (2)

(1) El "ensuciamiento de la moral"—Edición Biblioteca de Occidente.

(2) "El Mundo que surge"—Edición Biblioteca de Occidente.

La historia nos permite observar a veces que una época prepara el advenimiento de otra generalmente opuesta. Pero de una época no se puede pasar bruscamente a otra diferente sin que medie entre ambas un largo trecho de transición, un tramo saturado de incertidumbres, durante el cual el espíritu del hombre oscila, trabajado por dos tendencias contrarias: la que mira al pasado en nombre de la tradición y la que mira al futuro alentada por afanes innovadores. Esta es la situación espiritual de nuestra época.

Incetidumbre pedagógica de nuestra época

Tal situación general de espíritu se refleja también en el mundo pedagógico. Aquellos grandes Imperios y Estados en cuya formación había contribuido la escuela del período anterior han caído. Sin embargo la escuela subsiste con sus viejas formas. Pero subsiste ¿con qué fines educativos? ¿Fines morales, sociales, patrióticos, utilitarios? Nada de eso se sabe a ciencia cierta, porque se ignoran los nuevos rumbos de la sociedad humana. Así vista, la escuela actual vive, sin precisar sus ideales, o sea sin conocer sus fines. Pero, si se intentara orientarla en consonancia con algunos ideales que empiezan a asomar, ella no puede servirlos porque sus viejas normas no satisfacen ni se acomodan a su intención. Los pedagogos antiguos, fieles a sus ideales, pregonan por hacerla perdurar. Las nuevas generaciones, desconformes con el pasado, se resisten a prolongar la escuela tradicional.

Es la presente una hora imprecisa. Difícil es presentir el futuro y profetizar el mundo que se está preparando en medio del caos de ideas, sentimientos y hechos que chocan en este momento. Así se explica que la presente crisis pedagógica europea con repercusión en América haya hecho decir a Agostino de Campos, en un interesante artículo, que "la inseguridad del mañana ha trastornado la ciencia educacional". Evidentemente es la presente una hora incierta, más no de pesimismo, en la cual debemos leer las condiciones preliminares de una nueva educación paralela a la nueva cultura que se está elaborando en los momentos actuales. No son horas de pesimismo, sino de esfuerzos. El mundo está viviendo sin orden en busca

de nuevas rutas. Reclámanse tentativas unificadoras. La necesidad de un gran esfuerzo creador—piensa Wells—se ha hecho evidente en los asuntos de la humanidad. Ninguno más poderoso que el esfuerzo educativo. La educación—agrega—es el factor inicial y decisivo en el futuro de la humanidad.

Preocupaciones pedagógicas contemporáneas

En esas incertidumbres se percibe ya un pensamiento generalizado alrededor de una nueva educación, o de reformas fundamentales frente a los organismos y conceptos pedagógicos tradicionales aún imperantes. La pedagogía asume en estos tiempos una importancia extraordinaria. Son muchas las preocupaciones contemporáneas por el estudio y la solución de sus problemas. A nuestro tiempo, que Ellen Key anunció como "el siglo del niño", pareciera mejor apodarlo "el siglo de la educación", para significar preocupaciones totales, no parciales, atañedoras al problema educativo.

La pedagogía contemporánea ofrece abundancia de pensamiento teórico y aplicado. Afines de generalizar doctrinas y realizar ensayos despiértanse en los medios culturales y pedagógicos. Sin detenernos en el análisis de cada corriente, dan una impresión del cuadro doctrinario actual la cita de algunas de las más importantes direcciones del pensamiento pedagógico. Por un lado, la corriente neoberbartiana entre cuyos representantes se nombra hoy a Reim y Willman; por otro, la pedagogía social que iniciara Natorp, y sostiene Kerschens-teiner, más estimable aún por otros conceptos pedagógicos, y Dewey, la gran figura de la educación norteamericana del presente. Más allá, la corriente opuesta, individualistas, que sostubiera ayer Ellen Key, hoy Luis Gurlitt, más bien críticos que doctrinarios, y en alguna medida María Montessori de una vasta obra escrita y práctica. La "pedagogía de los valores" con representantes de tanta autoridad como Jonas Cohn, Spranger, Messer y otros; "la pedagogía de la personalidad" apoyada en dos ideas esenciales: el reconocimiento de la vida espiritual como valor supremo frente a la vida práctica y natural, y la idea total de la personalidad, representada por

Kästner, Kurt Kussler, Lehmann, Badde, Gaudigg y Kessler; y para no citar sino las más importantes direcciones anotamos finalmente el idealismo pedagógico italiano que con Croce y Gentile representan la más vigorosa reacción contra el positivismo pedagógico, tan floreciente a fines del siglo pasado y comienzos del actual.

Aparte de la doctrina y la fundamentación filosófica hay obra práctica de diversos sentidos e intención. Presiona en toda forma el campo pedagógico un ansia extraordinaria de superar en los medios y en los fines la educación de nuestro tiempo, que no es sino una prolongación de la que caracterizó el siglo XIX. Dentro de estos movimientos, no podemos omitir el que realiza la Liga Internacional de la Nueva Educación; el movimiento de la escuela unificada; los ensayos de «escuela de trabajo» o «escuelas activas», ambos aspectos de la «educación nueva»; las escuelas de perfeccionamiento; las escuelas en comunidad, y el movimiento liberador de la juventud en Alemania, donde sobresale el nombre de Gustavo Wyneken; los ensayos de educación sexual y coeducación; la educación cívica; el fomento de la educación estética; las tentativas de preparación universitaria de los maestros primarios; la importancia asumida por las cátedras de pedagogía en las universidades alemanas principalmente, y casi siempre a cargo de relevantes figuras de la filosofía actual; frecuentes debates sobre la orientación humanista o práctica de los estudios secundarios; problemas continentales de educación, como el de la cultura indígena en algunos países de América y las reuniones periódicas de congresos pedagógicos donde se suscitan discusiones en torno de los aspectos más variados de la educación. Son éstas, formas de una gran agitación pedagógica—nunca mayor ni más intensa que hoy—reflejada también en nuevas legislaciones y actos de gobiernos que aspiran llegar a la reforma política, económica y social de sus pueblos mediante

una transformación simultánea del sistema educador.

Entre nosotros, merece mención por el alcance pedagógico que revisten, el movimiento de la «reforma universitaria», que se ha convertido ya por la propagación de sus conceptos en la bandera de la juventud americana en su empeñosa campaña de cultura y emancipación continental; y algunos recientes ensayos de escuela activa y métodos nuevos que han determinado una interesante inquietud pedagógica en el seno del magisterio primario nacional.

Todo este cúmulo de energías y manifestaciones pedagógicas del primer cuarto de siglo constituye la expresión de incansables esfuerzos para lograr cosas nuevas y mejores al mismo tiempo que un reconocimiento cada vez más acentuado de la idea de que la cultura y la educación en su más alto sentido constituyen el problema más importante de la sociedad y el Estado modernos. Con la mejora de la educación se encontrará— así piensa Messer—el camino más seguro para el fomento de la verdadera cultura.

Nadie puede negar la existencia de mejoras alcanzadas. Asistimos a una renovación pedagógica de sentido y alcance universales, y aunque muchas de las ideas que inspiran las tendencias innovadoras son anteriores a este siglo, solo fueron hasta hoy objeto de disputas académicas o discusiones meramente abstractas. Han invadido ya el campo vivo de la educación y han dado nacimiento a este dinamismo pedagógico contemporáneo que constituye, sin duda, una de las más enérgicas fuerzas de la restauración espiritual de los nuevos tiempos.

Juan MANTOVANI

De «Sagitario». —La Plata



DOCE PUBLICACIONES IMPORTANTES QUE UD. DEBE SOLICITAR

SAGITARIO

REVISTA DE HUMANIDADES

Directores:

Carlos A. Amaga
Julio V. González
Carlos Sánchez Viamonte

La Plata
República Argentina

MERCURIO PERUANO

Revista Mensual de Ciencias Sociales
y Letras

Director Fundador:

Vicior Andrés Belandier

Director:

Alberto Ureta

Apartado N° 176
Lima, Perú

REVISTA DE LAS ESPAÑAS

Publicación Mensual de la
UNION IBERO-AMERICANA

Suscripción anual:
15 pesetas

Calle de Recoletos, N° 10
Madrid, España

CULTURA VENEZOLANA

Revista Mensual

Director:

José A. Tagliaferro

Apartado N° 293
Caracas, Venezuela

LA SIERRA

Órgano de la Juventud
Renovadora Andina

Revista Mensual de Letras, Ciencias,
Arte, Historia, Ciencias Sociales
y Polémica

Directión:

J. Gmo. Guevara

Apartado N° 10
Lima, Perú

SANTAFE Y BOGOTA

Revista Mensual

Directores:

Vicior E. Garo
Daniel Arias Argáez

Bogotá, Colombia

ESPAÑA Y AMERICA

Revista Comercial,
de Exportación, Economía
y Finanzas

Director:

Eduardo de Orz

Alameda de Apodaca, 17 y 18
Cádiz, España

ORTO

Revista Universal
Ilustrada de Literatura
y Arte

Director:

JUAN F. SARRIOL

Martí, 31
Manzanillo, Cuba

REVISTA ARIEL

Autonomía Patria,
Ciencias, Misceláneas

Director:

FROYLAN TURGIOS

Tegucigalpa, Honduras
Centro América

REVISTA CHILENA

Diplomacia, Política,
Historia, Artes, Letras

Fundador:

Enrique Matta V.

Director:

Félix Nieto del Río

Santiago, Chile

REVISTA HISPANOAMERICANA DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

Fundador y Propietario:

José María de Gamoneda

Director:

Juan B. Acevedo

San Agustín, N° 7
Madrid, España

PERFILES

Literatura, Artes,
Ciencias y Actualidades

Director:

ANTONIO REYES

Apartado N° 434
Caracas, Venezuela

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

De *Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Miceláneas y Documentos*

PUBLICADO POR

J. GARCIA MONGE

Apartado Letra X

San José, Costa Rica, C. A.

SUSCRIPCION: El año, 2 tomos de veinte y cuatro entregas cada uno,
\$ 6,00 oro americano.

NOSOTROS

REVISTA MENSUAL

DE

LETRAS, ARTE, HISTORIA, FILOSOFIA, CIENCIAS SOCIALES

FUNDADA EL 1º DE AGOSTO DE 1907

DIRECTORES:

Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Giusti

SECRETARIO:

Emilio Suárez Calimano

ADMINISTRADOR:

Daniel Rodolico

PRECIO DE SUSCRIPCION (ADELANTADA) Por año \$ 8,00 dolares

Dirección y Administración: LIBERTAD 747

U. T. (41) 3354 Plaza.

BUENOS AIRES

REPERTORIO AMERICANO

Charahot

Vble. Sr. Pbro. Dr. J.

J. Pablo Branches